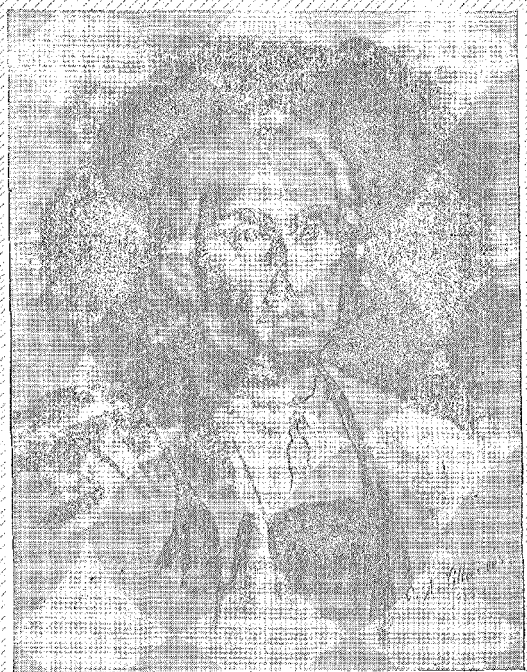




AMERICA

Octubre y Noviembre

Nos. 3 y 4



Dibujo de Cesario A. Villacres.

Cristóbal Colón

SUMARIO

ESCRITORES EXTRANJEROS

Ricardo León: Mater Hispania. — **Rogelio Sotela:** Dios es el Hermano Mayor. — **Braulio Cañete:** Palabras al Oído. — **Palemón Estilita:** Símbolo. — **Jorge Hübner Bezanilla:** La Poesía Moderna en Chile.

ESCRITORES NACIONALES

Dirección y Redacción: Colón y América, El Día de la Raza, 12 de Octubre—1402-1923, Colombia y Ecuador. — **Aurora Estrada y Ayala:** Clarinada. — **Alejandro Andrade Coollo:** El Solar de la Raza. — **Angel M. Paredes:** Hispanoamérica. — **Hugo Moncayo:** Eres un Loto Vivo. — **Jorge Carrera Andrade:** El Hombre atormentado, Umbral de Domingo, Noviembre. — **César E. Arroyo:** Acuarelas de la Costa Azul, La Cannébriere Marsellesa. — **Julio Aráuz:** Reflexiones sobre un Problema Interesante. — **Victor Hugo Escala:** Visiones de Europa, Cleopatra, en la Rue de Paix, Remanso del Danubio, San Lúcar de Barrameda. — **Miguel Angel Albornoz:** La Voz de las Cosas. — **Jorge Reyes:** ?, India, Yo. — **Luis F. Torres:** Don Juan Montalvo, Semblaza y Ligeros Rasgos Biográficos de su Obra. — **A. Bolaños Moreira:** Tríptico Sentimental. — **Glauco y A. M.:** Bibliografía, Libros, Opúsculos y Revistas.

AGENCIA: Librería y Bazar del Sr. G. Ignacio Sánchez, en la Plaza del Teatro, bajos del Hotel Quito.

COMPañIA DE PRESTAMOS

BANCO DE DEPOSITOS

CAPITAL \$ 1.000.000 RESERVAS \$ 410.000

PAGAMOS POR DEPOSITOS:

en cuenta corriente	3 %
a la vista	3 %
a 3 meses	4 %
a 6 meses	5 %
a 12 meses	6 %

Los cheques entregamos con timbres.

Recibimos cheques y letras a cargo de cualquier Banco de la ciudad o de la República.

Procuramos la más rápida y cuidadosa atención para todos nuestros clientes.

GIROS SOBRE GUAYAQUIL.

Fábricas de Tejidos

DE

JACINTO JIJON Y CAAMAÑO

Artículos de algodón

Casinetes, Camisetas. Calzoncillos. Calcetines.
Chamelote. Driles. Franelas. Hilos. Lienzos. Lonas.
Limpiones. Manteles. Medias. Pañolones. Satines
Servilletas. Sobrecamas. Tela afelpada. Tela de
guardas para pisos y macanas. Tela para sábanas,
manteles y cortinas. Toallas y otros artículos más.

Tejidos de lana

Bayetas. Casimires. gran surtido. Cobijas. Franelas.
Gualdrapas. Ponchos con y sin fleco. Pañolones
enteros y de media hoja. Mantas de viaje, etc., etc.

Botones de tagua

Precios sin competencia. Calidad Superior.
Tinturas firmes.

DEPOSITO:

ALMACEN, CARRERA SUCRE, Núm. 9.

AGENCIAS:

EN LATACUNGA, AMBATO, RIOBAMBA,
ALAUSI, QUENCA, GUAYAQUIL Y MANTA.

GONZALEZ RUBIO & Co.

Agencia en Quito. Apartado Núm. 109.

Ofrecemos Trapiches americanos marca
« Chattanooga », Máquinas de Escribir
« Remington », Máquinas de coser y
bordar, marca « Selecta », Autocamiones
« International » y los insuperables
: : : : Tractores « Cletrac » : : : :

Escriba hoy mismo a nuestro Agente

CARLOS CUEVA C.

ATENCIÓN

CENTRO Y AGENCIA PARA REVISTAS NACIONALES Y EXTRANJERAS

El Establecimiento que acaba de instalarse en uno de los Almacenes donde funciona el « Hotel Quito », o sea en el corazón de esta Metrópoli, queda a órdenes de sus buenos amigos y favorecedores.

Especialidad en artículos para regalos, objetos religiosos, papelería, materiales escolares, juguetes, útiles de escritorio, etc.

Hay una sección especial para la venta de objetos de cualquier género que se encargue en comisión.

Se compra y se vende libros especialmente de carácter científico.

Calle Guayaquil. — Plaza del Teatro.

G. IGNACIO SANCHEZ H.

LA MARINA

ALMACEN Y TALLER
DE ZAPATERIA

Es el establecimiento preferido por el público de gusto refinado

Especialidad en trabajos sobre medida, renovación constante de materiales y modelos, extensa variedad de hormas.

PLAZA INDEPENDENCIA

GUERRERO HNOS.

APARTADO NUM. 269.

QUITO - ECUADOR,

Francisco Alvarez Pérez

CIRUJANO = DENTISTA

Venezuela N^o. 51

Teléfono 6 - 1

César Almeida

CIRUJANO = DENTISTA

Carrera Mejía N^o. 68

MIGUEL GRIJALVA SALAS

ANTICUARIO

Tiene a bien ofrecer a Ud. toda clase de objetos de arte antiguos y modernos, como: Cuadros al óleo en lienzo y cobre, Esculturas, Alfombras, Objetos de plata labrada, Objetos incásicos y orientales, trabajos en marfil o hueso, cajas y escritorios embutidos, etc.; también proporciona toda clase de costumbres en madera y lienzo, sillones y baúles de cuero labrado.

Diríjase Carrera Olmedo, Casa N^o. 27.

SEÑORITA

«LA EUROPEA», prestigiosa Peluquería, Perfumería y almacén de primera clase, ha recibido para Ud. y vende a precios baratos: excelentes cremas, Cold Creams, polvos, jabones, talcos, dentífricos, brillantina, rojo natural, lociones, colonias y más perfumería fina y legítima.

CABALLERO!

La sección almacén de «LA EUROPEA» tiene para Ud. camisas, cuellos, corbatas, calcetines, pañuelos, tirantes, ligas, broches, boquillas, guantes, bufandas, ternos interiores, puños y más artículos elegantes, finos y baratos. — Ventas por mayor o menor.

Local: esquina Guayaquil y Mejía.

Teléfono 5-2-4.

El propietario. — VICTOR M. IZA

INTERESANTE

Anúnciese Ud. en esta Revista.
Circula profusamente dentro y fuera del País.
Su tarifa es módica.

AGENCIA

Librería y Bazar del Sr. G. Ignacio Sánchez, Plaza del Teatro, bajos del Hotel Quito.

Hagamos que el amor ligue con un lazo universal a los hijos del hemisferio de Colón.

S. Bolívar

AMERICA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA
DE LITERATURA, ARTE, CIENCIAS

Los hombres no serán felices sino cuando se tengan todos por hermanos.

J. Montalvo

DIRECTORES - REDACTORES:

ALFREDO MARTINEZ

ANTONIO MONTALVO V.

Año I

Quito - Ecuador, Octubre y Noviembre de 1925

Nos. 3 y 4

COLON Y AMERICA

« ¡ Tierra ! ¡ Tierra ! »

Y este grito apoteótico repercutió como una cascada de sinfonías exóticas más allá del espíritu vidente y providencial del Sublime Marino.

« ¡ Tierra ! ¡ Tierra ! »

Y este grito de vida y esperanza, que mucho tiempo estaba germinando como un albor en el pecho de un tobo de mar, fue el FIAT LUX del Nuevo Mundo, de la tierra desconocida y opulenta, que cual una piedra preciosa y gigantesca se engastaba en las lenguas sonoras de los océanos.

Y surgió la América ante los ojos ávidos y extáticos del Viejo Mundo: Virgen bella, aureolada de nimbos áureos y azules, desnuda y franca, en cuyo seno voluptuoso y fragante se adivinaba bullir la vida inquieta, prometedora, fértil, pujante y hermosa.

Para el inmortal soñador de Poncevedra, la tierra descubierta por él, era su pensamiento hecho lumbre, su angustia y sufrimiento hecho edén, su anhelo hecho flor, sus vigiliat y su hambre tornados en el manjar de los dioses.

Ecstasiado de la gloria que llegaba hacia él en torrentes de luz paradisiaca, quién sabe si no se creyó un enviado de una divinidad, o un mismo dios que antes de ser engendrado en la tierra, puso allende los mares la ostra de su sabiduría y bondad, y al llegar al Mundo quiso enseñar a los hombres que el pensamiento es un faro, que el bregar es fuerza creadora y potente, que la constancia es milagrosa. ¿ No acababa de dar un Mundo al Mundo, una Vida a la Vida?... Y con el vértigo de tanta gloria, soñaba tal vez que el Futuro, armado de trompetas olímpicas, armonizaba con su nombre los vastos y exuberantes dominios que se extienden de la Tierra de Baffin a la Tierra de Fuego; que taladraba su nombre, con buriles candentes, en el granito de cien volcanes y en el corazón de la Eternidad.

Despierto de su sueño de grandeza, sintió que su espíritu era para la Humanidad una gota más de vino en el banquete de las grandes conquistas y una antorchita más en el santuario del Progreso.

Había dado América, y América era su obra, y esta obra era el alcázar de su gloria, y este alcázar, con toda su belleza, era el pedestal más grande que jamás hombre alguno alcanzó en el Universo.

Creemos que cuando Colón espiraba en Valladolid, pensaba, beatíficamente, en la magnánima Reina Isabel y en América; y con ellos, en el porvenir de la Humanidad. Y, acaso, al sentir que su espíritu abandonaba el barro sagrado, gritó con un anhelo infinito: ¡ Tierra ! ¡ Tierra !... Y esta grande alma, tornada en luminares divinos, vino a ser, para todos los siglos, la aurora de nuestras esperanzas, el ideal de nuestra juventud, el laurel de nuestras conquistas y, mañana, la felicidad del Nuevo Mundo.



LA Fiesta de la Raza es el símbolo de étnica cordialidad hispanoamericana. España conmemora la epopeya de las carabelas; y los pueblos de América cantan la olímpica gesta de su nacimiento.

En la Fiesta de la Raza, resaltan más que nunca, los sentimientos de familiaridad que unen potentemente a la América de Huaina Cápac y Guatimocín y a la España de la Católica.

No es por mero sentimentalismo filial que guardemos para la poderosa Iberia que hizo deslumbrantes sus tercios de Flandes y sus conquistas de asombro que cantemos en el día de Colón. Es el alma de la Raza maravillosamente rediviva en nosotros, que grita la gloria de su origen; es el espíritu de la lengua que nos hace pensar en nuestro advenimiento y nos anima para ensalzar la grandiosidad de la estirpe castellana, a la que nos debemos; es la voz de la sangre la que impulsa nuestros espíritus hacia la evidencia de que debemos guardar culto a nuestras herencias raciales, y debemos también cuidar la aristocracia del idioma, que es la esencia de la cultura que nos impusieron y que obligados estamos a preservar.

Más, en el gran Día de la Raza, la exúbera sentimentalidad florida de los discursos conmemorativos, y los banquetes literarios, no llenan toda la vasta finalidad que a ese día debió- rase consagrar.

Seguiremos como siempre, y seguiremos aun—pese a nuestras utopías—desconociendo casi absolutamente a España, como ella desconoce a América. Créese en Europa que el Nuevo Mundo constituyen la Argentina, Cuba, el Uruguay, naciones que por su

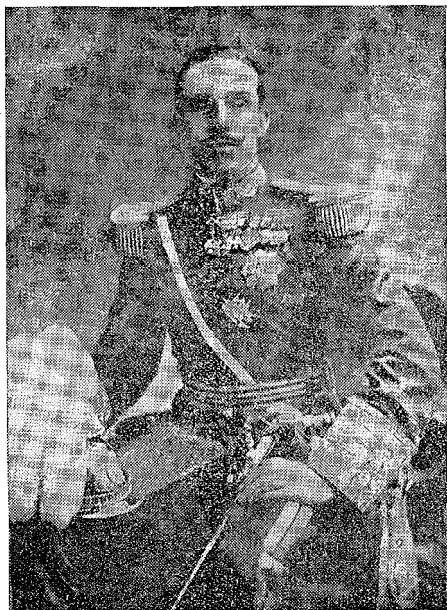
situación económica, política y cultural, han alcanzado ya un considerable puesto en el banquete de las civilizaciones; mientras se ignora el porvenir de las demás naciones, abatidas algunas de ellas por oscuras tiranías o por internas luchas civiles.

Por esto, el Día de la Raza, algo de más práctico beneficio tratárase de hacer. De magnífica utilidad resultarían las conferencias geográficas profusamente dictadas tanto en las aulas escolares, como en las universitarias y todos los centros de cultura, que dieran a conocer la capacidad territorial y los derechos de propiedad de cada nación americana, sus innumerables fuentes de riqueza y su opulento porvenir económico.

Débase sobre todo, prestar la mayor atención posible al intercambio intelectual, que este es, indudablemente, el medio más eficaz para el estrechamiento espiritual hispanoamericano. Tan pobre y exiguo es el comercio del libro, la propaganda de la revista, que la mutua ignorancia de intelectualidades entre América y España, es una evidencia desconsoladora. En América poco se lee a los hombres de España; y allí, valores como el dramaturgo Florencio Sánchez; el poeta Díaz Mirón, el novelista Javier de Viana y otros, pasaran, tal vez, desconocidos. Únicamente se sabrán los nombres de Montalvo, Rodó, los ya inmortales, cuyas famas, como la de Cervantes, han quedado definitivamente eternizadas.

Cantemos en el Día de la Raza' pero procuremos también que nuestros ideales hispanoamericanos, tengan su práctica realidad, para ser, de esa manera, cercanamente, con el sueño de Bolívar y Rodó.

12 DE OCTUBRE



1492

1925

S. M. DON ALFONSO XIII DE BORBON
REY DE ESPAÑA

En el día más grande que registra la historia de los pueblos, saludamos con el alma encendida de amor a la muy noble juventud de España; a esa juventud gallarda que lleva en sus venas la sangre de los visionarios y conquistadores más grandes del Universo; a esa juventud perniciosa que, como la juventud pensante de América, labora por mantener incólume la excelcitud gloriosa de la estirpe; a esa juventud idealista que sueña en el triunfo del acercamiento y armonía de los pueblos indohispánicos.

Nuestro saludo fervoroso y fraterno llegue al corazón magnánimo de la Madre España como el orlo de un sol encendido en el seno de cien volcanes y en el pecho de los hijos del Mundo de Colón.

Anrora ESTRADA Y AYALA

CLARINADA

A Don Cristóbal de Gangolena y Jijón

*Cabalgando los sueños en heroico tropel,
vamos a la conquista de harmonioso futuro.
Hermanos de la Lira, que nuestro azul corcel
siga la ruta sacra de un mágico Dioscuro....*

*Somos el alma alada de esta joven América,
ramas fuertes y allivas de la vieja Castilla.
Que en nuestras venas hable la noble sangre ibérica
tornando ardiente pira esta frágil arcilla!*

*Viene un hálito frío del Norte amenazante....
Llena el alma de América una agorera pena....
Se proyecta la sombra de un águila rampante
avizorando ansiosa nuestra dulce colmena....*

*Nuestros Andes soberbios parecen más arguidos,
como que si buscaran refugio en el espacio;
y del viejo Amazonas los cristales heridos
huyen inquietamente hacia el mar de topacio.*

*Ya cóndores sagrados, leones legendarios
rasgan la niebla triste con su áspero gritar;
el Sol, divino padre, se oculta entre sudarios
por no ver de la Raza el lento agonizar....*

*Hay un temblor de angustia por nuestras almas pasa;
ríe la Esfinge rubia en el cruel Setentrión....
Estas tierras celestes de castellana raza,
han de ver esfumarse su latino blasón?*

*Vibren las siete cuerdas del lírico instrumento
como fuertes tormentas, como clarines de oro;
seamos, soñadores, el vigoroso aliento
que infunda vida nueva al místico tesoro!*

*Que floten nuestras túnicas de harmoniosos rebeldes
a los vientos hostiles como rojas banderas;
sean látigos coléricos nuestros nobles laureles,
que hagan sangrar herida la faz de su quimera....!*

Alejandro

ANDRADE COELLO



EL SOLAR DE LA RAZA

A la méritisima Colonia Española, fuerza de acción, ejemplo de moralidad, sobria y disciplinada, que en Quito labora por la patria y por la raza.

TODO el progreso de un país no consiste, de único modo, en su desarrollo material. Mera modalidad de las actividades, resulta generalmente secundario si no se atienden los cultivos de otros campos más encumbrados y más nobles. Si van secándose las limpias fuentes del espíritu, la nación no marcha hacia la cima de su perfeccionamiento; no avanza, retrocede.

Podrán deslumbrarnos por la piedra y el mármol los edificios; se dilatarán, amplias y ornamentales las plazas; abundarán los hermosos paseos públicos; será febril su agitación comercial, inmensa su riqueza agrícola; pero si le falta vigor anímico, si ha quebrantado las excelencias de la raza, su cultura ha de falsear indefectiblemente, por carecer de base. Las Cartagos modernas jamás derrotarían a la intelectual Atenas, en la que ni estética ni pensamiento mueren.

Nunca se repetiría con más propiedad la voz callejera, pero no por callejera fútil, tratándose de ciertas urbes pomposas, que no todo lo que brilla es oro, si entramos a examinar su mina artística y moral, exhausta, por desgracia.

La calidad de los hombres, las costumbres, las manifestaciones del sentimiento engrandecen a los pueblos; por chicos que parezcan físicamente. ¿De qué aldehueta destacó su imperio artístico Virgilio y de cual otra su genio visionario Cristóbal Colón?

El espíritu perdura a través de los esplendores del bronce, del jaspé, del granito, y más allá que estos caducos materiales. Si la fiebre deportiva vigoriza el músculo, no por esto se ha de apagar la viva y ardorosa animación de la inteligencia, el calor ético.

¿Qué aprovecharía al mundo entero el haber en Ecuador un hombre como el que se ve en el dibujo?

me del materialismo brutal, si se ha olvidado el empuje silencioso de las almas que pulieron corazones y esclarecieron cerebros?

No es auténtica civilización la objetividad reluciente que nos entra por los ojos, si la idea es pobre llamita que se apaga. La esencia de la cultura se ha refugiado en las mentes, penetrando hasta la última morada del alcázar interior.

Si son postpuestas las generosas armonías del espíritu, el estrépito material acabará por ensordecernos y agotar las reservas terrenas, por colosales que se las crean. Las urbes que sólo despuntan por el lado de los deportes, fincando su orgullo en la trompada hábil y pulverizadora, en el puntapié tremendo, en el desafortado combate futbolístico, no imitan a Grecia que legó al orbe su ecuanimidad psicológica y fisiológica, cuidando del consorcio estupendo de todas las humanas facultades. La triunfadora armonía de los cuerpos y las almas ha dejado en la historia huellas indelebles. Así ha de comprenderse la belleza, en la cabal amplitud y correspondencia de sus funciones. Tal el equilibrio del genio de la raza. Ganar dinero atropelladamente no es el exclusivo ideal de la vida ni la finalidad de los pueblos. Otras normas de más delicadeza y encumbramiento les conducen a su racial hegemonía. El aplebeyamiento mercantil del arte es visible signo de decadencia colectiva.

Por esto, cuentan que ante los esplendores de la naturaleza y la chata conciencia de sus habitantes, exclamó observador viajero, lapidando con una frase el naufragio de los caracteres, por más que triunfara el edénico paisaje: «Aquí, todo es grande, menos el hombre».

A probarnos que es grandiosa la decoración y que son grandes los actores ha venido el insigne novelista Manuel Gálvez, en su laureado libro *EL SOLAR DE LA RAZA* que canta, con fervor y conocimiento de causa, con hondo cariño y mística dulzura, las excelencias de España, hasta en sus pueblos más remotos y chicos, como la vieja Segovia, la heroica PAMPLONA, la austera y oscura Azpeitia. Con devota convicción de peregrino recorrió, palmo a palmo, las vetustas urbes, emporio de reneros; los asilos de quietud y calma; los templos medioevales de magestosa gravedad; las regiones más apartadas de aquella espiritual y fuerte Nación que extendió por América el solar de su hidalga raza y derramó su savia fecunda, su sangre rica en los glóbulos rojos de la acción, del arte, de la soberanía del alma y las entonaciones robustas de la lengua.

Llenaríanse los estantes de una biblioteca con la historia de lo que bravamente realizaron los españoles desde que un día salieron del puerto de Palos hasta la hora contemporánea, en las distintas comarcas del Nuevo Mundo. Gigantesco su empuje, insuperable su espiritualidad, según demuestra gloriosamente Gálvez, agitando, en la cúspide de la persuasión, los ideales del más puro españolismo. Su pecho de patriota se dilata al considerar lo que los castellanos, los gallegos, los vascos, los catalanes, los aragoneses, hicieron en la Argentina, enterrando fructífera simiente. Su nacionalismo entusiasta, su amor inmenso, están entonando a cada paso el himno de la patria. «Dentro de la vasta alma española—dice Gálvez—cabe el alma argentina con tanta razón como el alma castellana o el alma andaluza. Somos españoles porque hablamos el idioma español, como los españoles eran latinos sólo porque hablaban el latín. El idioma es quizá el único elemento caracterizador de las razas.»

En lengua castellana, manejada fluidamente, nos trasmite el escritor argentino su emoción intensa, ante todo lo que respira ambiente español, afa-

nándose porque las características de este invencible pueblo sean más familiares para los americanos. «España es un país difícil de ser comprendido, observa, y sólo se llega a comprenderlo cuando se le conoce y se le ama.»

Gálvez exterioriza su afecto a conciencia, porque ha entrado en el hogar español y de él procede. No puede ser más elocuente su dedicatoria: «A la memoria de mis antepasados españoles; a los hijos de Hispania, que contribuyen con su trabajo a edificar la grandeza de mi patria; y a mi abuelo paterno, nacido en las entrañas mismas de Castilla la Vieja, consagro este libro a manera de concreto homenaje hacia la España admirable: la España donde todavía perdura intensa vida espiritual; la España profunda y maravillosa; la España que es, para nosotros, los argentinos, la casa solariega y blasonada que debemos amar.»

Este himno, hermosa síntesis de lo que es el libro, se confirma a cada paso, a medida que los pies del férvido peregrino cruzan, con sagrado respeto, el suelo de sus mayores. Allí está la tierra dura de Castilla, con su paisaje sugestivo, que hace pensar en las ásperas batallas, en las que la voluntad se pone a prueba; allí la tradicional y serena Salamanca, con su célebre Universidad; allí la uota regocijada y religiosa de Sevilla; allí el misticismo de Avila, embriagador de las almas; allí la pintoresca Granada; allí la adorada Toledo. El desfile de admirables pinturas es grato a la vista y al corazón: Sigüenza, Santillana del Mar, Barcelona, Ronda, Guénica, Ondárroa, ¡cuántas preciosas telas cubiertas de pátina venerable unas; de barniz moderno, otras; de auténtica supremacía cultural las demás!

De todas las Españas; la castiza, la vascongada, la latina, y africana nos habla con creciente interés, dándose cuenta personal de sus rinceones y de sus honduras psicológicas.

¡Magistral pincel el suyo que logra trazar, muy adentro, en el alma, sus toques de fidelidad, y no sólo esto, sino contagianos de simpatía! Sutil-

mente va buscando las armonías—no reparadas talvez por la mayoría—que existen entre el hombre y la naturaleza. Se ca los encantos ocultos que hay hasta en la fealdad aparente, en lo que el vulgo palpa sin detenerse a reflexionar. El suelo gris y desapacible de Castilla, las agrias sierras de Pancorbo, las dilatadas llanuras en abandono, le cautivan e inquietan. «Son como ciertas almas humanas que encierran su grandeza en cuerpos precarios y deformes.»

Luégo llega el eco triste de los pueblos castellanos, su soledad y miseria desesperantes; tan opuesto al repiqueteo de castañuelas de la risueña Andalucía. En la esterilidad y congoja del ambiente, muy natural pensar en la muerte. La lucha resulta inútil y brota la blasfemia desesperada...

«Pero con toda su miseria, yo quiero a estas tierras castellanas con el mayor de los cariños, después de aquél que tengo por mi patria.

De estas tierras proceden nuestros antepasados, ellas son el solar de la raza que está formándose en América, «el desolado taller de nuestra historia», como ha dicho Galdós. Estas tierras han engendrado al pueblo más noble, más caballeresco y más profundo que ha existido jamás. Estas tierras han producido artistas no superados hasta hoy, santos extraordinarios, vidas de un heroísmo casi sobrehumano, escritores de genio. Estas tierras, finalmente, nos dan una lección de energía. País sin blandices, sin refinamientos, sin melancolía, sin dulzura, nos produce una sensación de extrema virilidad.»

Analiza su literatura realista, exacerbada por la dureza del paisaje, deformada hasta el delirio por sus creencias, llena de anhelos de viajes y aventuras. El arte le detiene: magnifica sus primores insuperables, sus sacras tradiciones, el alto valor estético a través de las centurias; las desgarraduras, que provocan lágrimas, de las obras de Valdez Leal y Juan Martínez Montañés, sombrías, casi macabras.

El progreso, que no es huésped todavía de algunas urbes, ha de modi-

ficar, cuando llegue, la España genuina, como lo ha hecho con Barcelona, Bilbao, Huelva, Guipúzcoa, Valencia, borrando sus caracteres inconfundibles, *despañolizándolas*. Esto le entristece sobremanera, porque significa una como profanación de seculares recuerdos, una deformación del alma española.

Respetuoso de la herencia de nuestros mayores, del tesoro de los siglos, exclama conmovido: «¡España vieja! Yo no sabría decir cuántas bellas cosas significan para mí estas dos palabras. Ellas me dicen lo más noble, lo más heroico, lo más espiritual, lo más profundo que haya habido jamás sobre la tierra. Me apena imaginar que todo esto tiene que morir, que está ya muriendo. Una España nueva que no puede coexistir junto a la antigua comienza a levantarse llena de bríos.»

«¡Qué los adelantos modernos no deformen la esencia de su espíritu! Raza fuerte y batalladora, ha escrito, con heroicas acciones, su epopeya, lo mismo en España que en América, realizando las más audaces empresas; en labor constante y sorprendente, venciendo a desalmados y gigantes, domando a las fieras, como el insigne Quijote, que es su genuina encarnación, tremolando siempre, con el viril brazo alzado, la bandera del ideal que le ha inspirado grandezas y sublimes sacrificios.

El Solar de la Raza es un sentido poema, entonado sincera y amorosamente en homenaje a España, a la que, al par del dulce canto, le consagra algunas verdades, con franqueza del hijo bien intencionado que arde en vehemencias de que sea feliz siempre la Madre Augusta.

Y así no teme endilgarle esta admonición enérgica: «Y al dejar Pamplona, pensé que otra cosa fuera España si, decidiéndose a dejar para siempre sus sueños de conquista, matara al Oid que lleva dentro y reemplazara el heroísmo militar en África por el heroísmo del trabajo en sus gloriosas tierras.»

Desde el fondo de nuestro ser, al unísono con el ilustre Manuel Gálvez, repitamos: «Así sea.»

Quito — Ecuador — 12 de Octubre de 1925.

Ricardo LEON

Mater Hispania

I

Si buscas tus raíces, peregrino,
ven al solar de nuestra raza, hermano;
tuya es la luz del genio Castellano
y es común e inmortal nuestro destino.

Pan de flor, áurea miel, añejo vino,
te brinda nuestro hogar, americano;
sangre azul, rubio sol, hogar cristiano
y áticas gracias y vigor latino.

Peregrino, si buscas ideales,
¿dónde hallarlos más vivos y cabales?
Libra el acero de tu estirpe ibérica

de la herrumbre sajona o galiciana:
más fuerte y pura, cuanto más hispana,
será mañana vuestra noble América.

II

Estas son, peregrino, las famosas
líneas del Tajo, en roca serenadas,
que dan temple y finura a las espadas,
brío al cincel y al cigarral sus rosas.

Aquellas, las riberas perezosas
del sacro mar, las óndas azuladas
donde, al abrir sus pulsos, desangradas
se hicieron mármol las antiguas diosas.

Aquí el Betis, el mítico con el lanro,
y el Ebro, el padre de la raza, el Dauro
y el gracioso Genil, y el elegante

moro andaluz, y las heroicas velas
del tenebroso mar, las carabelas
y la espada y la cruz del Almirante....

III

¿A indioscos, francescos o britanos,
sobre el pavón de tu arrogancia pones,
tú, el recio dominador de los leones
que guardan tus escudos castellanos?

Sangre heroica y azul, sangre de hispanos
hierve en tu corazón a borbotones.
¿Irás, tal vez, a mendigar blasones
de hostiles pueblos y enemigas manos?

¿No sientes el orgullo de tu casta,
de tu historia y tu lengua? ¿No te basta
ser español, cuando te dió el Destino,

dueño divino, gloria más segura,
solar más noble, idealidad más pura,
que el númen griego y el blasón latino?

IV

¿Dónde viste el valor sin arrogancia?
¿dónde sin petulancia la grandeza;
grave el amor y dulce la tristeza
viriles el dolor y la elegancia?

¿Dónde, con la agudeza, la substancia?
¿dónde, con la ternura, la entereza;
juntas la austeridad y la llaneza,
y amiga de la fe la tolerancia?

¿Dónde, lo real con lo ideal; lo humano
con lo divino; con la tierra el cielo?
¿Dónde, la lanza del ideal Quijano?

¿Dónde, la pluma, el fervoroso vuelo
— dulce y alegre, cuanto más cristiano —
de la mística monja del Carmelo?

V

Esto es España. Imítala quien pueda.
Fuerte y dócil, al par; rotunda y suave;
dulce en las veras, y en las burlas grave;
de hierro el puño, y el brial de seda.

Es la actitud del vencedor de Breda
y el de Bailén; el rasgo de quien sabe
— Cortés o Villamil — romper la nave,
o la tizona, como Alonso Ojeda.

Es la noble actitud del caballero:
duro si sufre, blando si castiga;
un noble perdonar, manso y austero;

piadoso el corazón tras la lorica;
un madrigal escrito en un acero:
esto es España; quien la vió, lo diga.

VI

¿No sientes el orgullo de tus lares,
de tus paternos lares, peregrino,
donde hilaron las ruecas el divino
vellón de nuestras glorias familiares?

Padre del mundo y dueño de los mares,
fue tu empresa el Toisón, no el Vellocino,
y, apóstol de la cruz, Dios te previno
por hostia el sol, las cumbres, por altares.

Más ni el sol ni las cumbres ni las olas
apacaron tus ansias españolas:
no era bastante el mundo a contentarte.

Más codiciosa el alma que los brazos,
ino paró, hasta rasgar a saciazos
las tinieblas del tiempo y de la muerte!



Srta. Blanca Esculera Moscozo



Angel M. PAREDES

HISPANOAMERICA

Primera Parte

I

¡AY, trabajos humanos que traspasan todos los siglos, que triunfan de todas las generaciones y son, a medida del tiempo, río de oro, fluir de luz entre los sucesos históricos, que perpetúan en gloria, a pesar de todas las equivocaciones, al pueblo dueño de tal esfuerzo; y entre ellos, ninguno de mayor valor ni más alto que la creación de razas fuertes y vivaces y de brillantes civilizaciones. Símbolo inimitable de la fecundidad de la sangre vertida, Jesús ofrece como el licor de su propia existencia al generoso vino que inflamará las almas en viva fe y los corazones en llama de sacrificio; así marcha el cristianismo a través de veinte siglos, sembrando símbolos y recogiendo adeptos. La sangre florece en sentimiento y en pasión, y como los torrentes tropicales, a medida que adelantan, se hinchan, crecen y arrebatan y son alusión y fuerza.

Los resultados para América de la colonización española, juzgados han sido y han sido interpretados de mil modos: Ya con el profundo resentimiento, que es la estela dejada en las almas por los largos días de lucha, en que las ejecuciones ejemplarizadoras y las sangrientas represalias hirieron las más altas cabezas para extrangular en su garganta la voz de la libertad; y entonces, todas las crueldades de los hijos de Iberia, la enormidad de sus vicios y de su rapiña, puestos a toda luz, y matizados y engrandecidos por nuestra fantasía, han oscurecido y apagado en el fondo del cuadro el heroísmo de sus hechos, la magnificencia de sus triunfos y el sacrificio de sus vidas que, extenuando a España, pudo crear para la humanidad, un continente. Todas nuestras vicisitudes, toda nuestra incompreensión de la realidad y los espasmos dolorosos de las violentas sacudidas que sufren los pueblos jóvenes y pujantes por acomodarse a las prácticas de las naciones viejas de muy avanzada cultura, los culpamos entonces a la Madre Patria, porque no supo educarnos para mercaderes o para agiotistas.

O con la fascinación de las glorias de la Península, que las creemos tan nuestras como de nuestros padres castellanos, entonces a veces el himno de la *Grande España*, que en un supremo rasgo de soberana magnanimidad, decimos, nos dió sin tiza y sin egoísmo cuanto en su ser tenía de generoso, caballeroso y puro; fueron misioneros sus conquis-

tadores, y el fanatismo de sus clérigos, apostolado de paz y de civilización.

Es que nos creamos dueños de sus triunfos y de su grandeza, repite; nuestros héroes, los altos varones que entre las quebras de las ricas de Asturias o desde el peñón de la fortaleza cristiana bajaban, con la cruz como estandarte y en el brazo viril la fuerte espada, a combatir por su religión y por su Rey; o son los triunfos de España más gallardos: cumbre y cima de la inteligencia, Prudencio, Séneca, Alfonso el Sabio, León Hebreo o Juda Levi y otros mil; o como el arte inmaterial, viva hoguera de resplandor, que es salubridad y emoción, bajo el cristal reverberante y líquido del castellano idioma: eglógica sonrisa en los labios del poeta Garcilaso, afable y profunda meditación en Jorge Manrique, viva púrpura de amor en San Juan de la Cruz e inagotable ritmo como de gojcos en el galante y devoto clérigo Don Lope de Vega; o solemne en el fausto de los Autos Sacramentales, que las profundas voces del órgano realza. (Como siempre entre los hombres de España, intenso colorido de las costumbres nacionales, la nota trágica exaltando la pompa de la fiesta: púrpura en que se sacien los ojos, como con el fulgor de los braceros de la Inquisición; o entre la alegría delirante de las muchedumbres, las corridas de toros, donde se aplauden con igual entusiasmo un pase maestro o cualquiera muerte heroica.—Goya triunfa sobre todos los artistas españoles).

Viva llama es la sangre derramada, savia que no se pierde; por eso, olvidada la injuria, roto el hielo de los resentimientos, nos sentimos unos con la Madre Iberia y sus dolores, sus triunfos de hoy, son también nuestros; y ella siente palpitante la vida, vida suya, al otro lado del Océano. América que pareció la presa de fácil conquista, para el mercader alemán o francés, o la colonia independiente a donde mandar el exceso de su población pará el italiano, es para España el triunfo de su sangre, la perpetuación de sus victorias. Este pueblo escribió ya su historia—brillante historia por cierto—pero como el viejo veterano ve en sus nietos, y al ver sonríe, la audacia misma de su raza que engendrará vencedores y Quijotes.

Hasta hoy hemos juzgado en América la conquista con odio o con amor, odio injustificado o excesivo cariño para un pueblo que conquistó tierras para su engrandecimiento y las conservó como fuentes de riqueza; más que en realidad también, derramó fecunda,

inagotablemente la intensa savia de su vida heroica entre la mansa y sumisa gente de un grande imperio de estos nuevos suelos. No fueron factorías de comerciantes las fundadas, donde había que cazar Indios para mernar bocas que consuman, hubo que ir a la redención de almas, junto al trabajo exigido para la subsistencia fácil y cómoda del redentor; ruda contienda de imposición fue aquella, falsos conceptos de los medios de civilizar los guió, pero tal incomprensión era difícil de vencer entonces. ¿Y en cañuto el provecho exigido? Todo grupo humano conquistador hizo lo mismo; solo que, mientras España volvía mucho por lo mucho que arrebató, los pueblos mercantilistas explotan sin nada ofrecer.

El primer capítulo de acusación ha sido siempre el de no habernos preparado para la vida libre, no habernos enseñado a dirigirnos por nosotros mismos; y luego, no habernos predicado que la vida es práctica y es triunfo, triunfo en el mercado de viveres, en la lucha por el comercio y la ganancia, sin importar el fraude o la explotación que ellos suponen. Pero, ¿debemos quejarnos de que entre nuestros harapos emerja la frente sin mancha y los iluminados ojos del sardor, prefecta de futuras realidades bajo cuya miseria palpita un corazón de mártir y de apóstol?

Para juzgar la obra de la colonia y nuestra deuda a España, es necesario saber que instituciones nuestras proceden de ahí o con ella se arruinaron; que principios de cambio político-social introdujeron los Españoles; que fuentes de pasión, que gérmenes de emotividad nos han legado con la masa de sangre recibida; que ideas civilizadoras nos vienen de entonces; que poder de cultura nos dieron; hasta donde son responsables de nuestros vicios y que cantidad de virtudes los debemos.

II

¿Qué hallaron los españoles en las tierras occidentales? ¿los hombres de Castilla qué trajeron, cuál fue su aporte de cultura? Que-

remos penetrar, parcialmente a lo menos, en el reconocimiento del contingente psicológico de ideas, pasiones y afectos que los pobladores de América debemos a la legendaria y poderosa Iberia; y si toda la cultura de los aborígenes y si toda la trama, fuerte o débil, enérgica o vacilante, sobrevive o ha muerto; y sobre todo, cual habría sido el pronóstico, mas o menos lejano, del desarrollarse sin perturbación de la política y el arreglo social usados en las comarcas del Nuevo Continente, refiriéndonos de un modo especial al pueblo incásico.

Mr. Williams Prescott afirma en su historia de «La conquista del Perú», que era el gobierno peruano «despótico, templado en su carácter, pero duro y absoluto en sus formas». La naturaleza divina del Inca-Rey, con todas las potestades y magnificencias de un Dios, no puede dejarnos duda sobre la omnipotencia de su querer. La pura llama de la hoguera del sol había prendido su inteligencia y la eterna gloria de su nombre llenaba todos los ámbitos del imperio; por eso, el más alto señor del Reino era siervo sumiso y obediente de su soberano, y no podía presentarse ante él sino humillado bajo una pequeña carga que representaba su condición servil de estricta sumisión; y, como los mahometanos para penetrar en el templo de Alhá, debían descalzar sus sandalias los mismos privilegiados a quienes se permitía visitar el Soberano. Y este, fuente única de honores y de consideraciones, su claridad proyectaba sobre los hombres más próximos a él; la nobleza procedía únicamente del parentesco o del servicio prestado al Emperador.

¿Y respecto de la gente humilde, de la pobre multitud fanática y devota? Se la prohibía levantar los ojos para contemplar el resplandor del hijo del sol; bien, como el más soberbio magnate no podía atreverse a mirar frente a frente al astro del día.

Pero a tal consagración, que multitud de hechos la determinan y fijan, ¿cómo respondi-



PAISAJE ANDINO. — EL RIO AMBATO

ron los Monarcas del Cuzco? Prescott nos lo ha dicho: su absolutismo fue de carácter templado en la práctica. Acaso no hubo abuso de poder como violencia de imposición a desigual reparto entre la gente común, y excesos en los cargos; pero hubo el matar de la libertad y el impedir toda iniciativa de progreso. Consultad los Cronistas y de entre el inagotable relatar de hechos y de hazñas, desengarzad los datos; para reconstruir la complicada arquitectura del solemne edificio construido por Manco Cápac y sus descendientes.

La rígida disciplina y el espionaje continuo — desconfianza y nimia reglamentación — que impone un régimen comunista que no quiere marchar a la anarquía, se puso en este imperio en pleno vigor (1); ahí el *chunga camayoc* — policía secreta que supervigilaba constantemente la forma y naturaleza de vida practicadas por las diez familias por quienes debía responder —; ahí el gobernador o encargado del reparto del trabajo diario y de las parcelas de terreno correspondientes a los diferentes individuos del lugar; el funcionario que concertaba los matrimonios y los llevaba a la práctica; el policía de higiene que vigilaba la limpieza del hogar y *el almuerzo servido a la familia*: equivalía a vivir en la plaza pública; pues las puertas se hallaban constantemente abiertas a los representantes del Emperador y, en el momento de las comidas, a todo el mundo que quisiera ver; tal vez a esta práctica de tomar el alimento a la faz del público y a la obligación mensual de las comidas en común para todas las gentes del lugar (2), se deba la costumbre inquebrantada por nuestros indígenas, de ofrecer participación en el pobre alimento que tienen, al amigo, al conocido, al huésped cualquiera que se halle presente al momento de tomarlo.

La falta de confianza del Soberano en el súbdito, a pesar de las vivas muestras de respeto y de cariño que sin restricción recibía, tiene esta otra expresión muy clara en el Perú: *mandaba las leyes del reino que no se ilustrara a los hombres de la plebe, por temor a que se ensorberzean.* (Como España prohibía en sus colonias la literatura extranjera, temiendo fuera la simiente de la independencia).

El Comunismo en las fuentes de producción fue práctico principio aplicado por el gobierno incásico, y que produjo, con un sistema muy inteligente de beneficencia, el destierro absoluto de la miseria, como causó también la desaparición de la holgazanería.

Por otro lado, el carácter de función social obligatoria para el trabajo, que lo imaginamos

como una invención maravillosa y de última hora, fue practicado, siglos atrás, por los incas; bajo la vigilancia de un empleado imperial iban los trabajadores al campo que habían de sembrar o que se hallaba en estado de cosecha; y entre el bullicio del canto primitivo y de la música coral, principiaba y continuaba la faena. — La mutua ayuda fue importante sostén de semejante régimen, pues no se empleaba sólo para cultivar el campo del Sol o del Inca, para fecundar la tierra de la vida y el huérfano, para trabajar el patrimonio del soldado ausente por causa del servicio sino además como auxilio solicitado y ofrecido entre parientes, amigos y vecinos. — En fin, como ennoblecendo la función y con probable carácter de simbolismo mítico, el Inca daba comienzo a las fiestas de la siembra, sembrando con gran solemnidad un cierto espacio de tierras. El vigor del hombre fructificando en el mutuo cariño y auxilio la satisfacción de todos, nos parece; pero hay al lado de la superficie, del haz, la parte interna, los ocultos vicios de las organizaciones comunistas.

Tomem's además, que la propiedad de las lanas — como de otros varios productos — era de la pertenencia del emperador, quien salía anualmente con toda su corte, al cañerío de las silvestres llamas, para luego repartir su vellón entre los necesitados de las cuatro regiones unidas. Pero las caeceras no eran puramente de tan mansos animales; ni se redujeron al simple trabajo de esquilmar; como los Reyes de Asiria tienen mil veces con sangre caliente de fieras voncidas en singular combate, la púrpura de su virilidad y de su pujanza;

¡ Hermoso país sin miserias y sin hambres! exclaman muchos historiadores; pero, desgraciado por falta de cultivo de la libertad individual y de la propia iniciativa, concluyo yo; sus Monarcas prepararon la conquista castellana, como mataron la rica savia que floreció a las márgenes del Titicaca o entre los peñascos que dominan al río Urubamba.

El comunismo que ofrece a cada uno el mínimo de lo que le hace falta para vivir, es contrario al socialismo que quiere la plenitud del ser en desarrollo armónico de las actividades, proscribiendo la explotación y desconociendo la servidumbre. Tal vez con una disciplina en exceso opresora podrá evitar el primero de los dos sistemas la explotación del hombre al hombre — aun cuando du lo que entre quienes trabajan en común para dividirse por igual el producto, no hayan hombres tan hábiles, tan diestros, sabios escamoteadores del trabajo ajeno, que evitando la fatiga tomen parte en el banquete que preparen los demás — el comunismo, digo, niega el estímulo y destroza todo principio de libertad.

Como probable supervivencia de los decretos coloniales relativos a tierras de comunidad, existen hoy pequeños campos pertenecientes a parcialidades de indios, de donde pueden recoger estos todos los aprovechamientos que el uso general ha determinado; pero, ¡ desgracia!

(1) La primitiva idea del absoluto comunismo en Raíz nos ha dado recientemente clara prueba de la exigencia, para todo gobierno comunista, de una disciplina impositiva, férrea, y de aspecto militar.

(2) Obligados estaban a asistir a las comidas mensuales en común, desde el más pobre labriego hasta el funcionario de mayor categoría.

do del indígena que quisiera introducir mejoras en cualquiera extensión de esas tierras, por corta que fueran, los comuneros creyendo que se trata de arrebatárselos la propiedad o mermar las calidades del dominio, se lanzan a violencias o a reclamaciones judiciales. Un pleito se instauró en cierta ocasión, porque uno de los comuneros quiso sembrar patatas en suelo que jamás se dedicó a tal cultivo.

Por otra parte, sabido, muy sabido habría de ser el Gobierno que en una organización político-social de absoluta comunidad, pudiera cultivar los talentos artísticos de su pueblo; pues el arte, con raras excepciones, casi no se lo cotiza en dinero, y si se lo hace, tiene un precio en el mercado, que no paga, en mucho, el esfuerzo agotador del trabajo nervioso que lo produce y la excolstita de la inteligencia que lo crea; además, la adquisición de una obra de arte es el privilegio de unos pocos, que después de satisfacer sus necesidades corporales, se encuentran dueños de bastante fortuna para emplearla en esto que debería ser la forma más elevada del cultivo del sentimiento y que por pobreza de nuestro criterio lo llamamos lujo supe fluo. Sólo en medio de las fastuosas tiranías que derrocharon sus inmensos caudales, triunfo admirable el arte; porque con la idea del fausto, los rulos soldados que sacrificaron por millares víctimas humanas, derramaban algo de las colmas las arcas de su fortuna para proteger — extraño contrasentido — una forma de actividad que no comprendían pero que decoraban sus salones. — El hombre debe pensar hoy que el arte no es puro lujo ni fausto de una decoración, es principio moralizador y germen oculto de humanos y nobles sentimientos; la gran reveladora de los más ocultos secretos de la naturaleza a que no alcanza la razón con sus construcciones lógicas, es la fantasía; bien dirigida, es don profético del hombre y no origen de error.

Para obligar al estado comunista a comprar toda la producción artística que le permitiera cumplir la más sagrada de las misiones de los gobiernos, o sea educar e instruir, sería preciso exigirle que fuera inmensamente rico, profundamente artista y sabiamente culto. Y hay más: el estado que reglamentara trabajos y ordenara servicios, ¡cuántas vocaciones interrumpiera o mata por su inexacta visión de la realidad! Un gran número de temperamentos artísticos han comenzado por ensayos tristes, y acaso sólo los rudos trabajos manuales estarían en posibilidad de perfeccionarse y avanzar, porque la ciencia así mismo principia por vacilaciones y con no raras fracasos, que harían muy pronto dudar de la aptitud del sabio.

Aun cuando no fue tan grave la situación de los vasallos del Inca, porque en gran número de casos era libre la producción y no todo se repartía con tasa y medida, ya que el *topa* señalado a cada uno era temporalmente de su pleno dominio para trabajarlo; sin embargo,

estos son los resultados: el arte que a las márgenes del Titicaca y entre las tajadas rocas de la sierra del Perú pudo esculpir el poema de las lejanas tradiciones de su florecimiento, durante el *paternal* régimen de los Monarcas del Cuzco, se olvida, decae y muere; y eso, no porque se hayan perdido todas las nociones de ingeniería y de arquitectura sobre que se levantan las edificaciones — pues se pudo construir la famosa carretera peruana — sino porque debía atenderse de un modo casi exclusivo al bienestar material de los súbditos.

La reglamentación del trabajo en el Perú fue rígida y poco apropiada para despertar y cultivar aficiones y reconocer aptitudes, ya que la tradición paterna de un cultivo empleo o trabajo, determinaba de modo necesario la ocupación del hijo. Y no podía ser de otra manera: teniendo que señalar a cada uno el trabajo a que estaba destinado, o se imponía hombres de visión intuitiva maravillosa, para saber clasificar a los individuos dentro de una esfera particular o había que referirse a los hábitos de familia, de grupo o de clase; en la imposibilidad de disponer de hombres tan singulares, los Monarcas del Cuzco aceptaron la segunda solución.

Como viva que que ha sufrido los dolores de todas las equivocaciones, la humanidad deba volver sus ojos al pasado, antes de ensayar nuevas prácticas y nuevos principios de organización; desenterrar las memorias de los pueblos heroicos, fuertes, o débiles y decrepitos que representaron un acto, una escena, recogida y conservada en el gran telón del tiempo. Fantasías de los nuevos apostólos de la idea, anado con el amor a los ideales, la del trabajo individual, servicio público idéntico en consideración como medida del esfuerzo; fue ya una realidad entre las prácticas incásicas: todos, hicieran lo que hicieren, eran funcionarios del estado de igual categoría: los *amanutas* (sabios) no tenían consideración especial ni formaban clase. Mas, las funciones son idénticas en mérito y en esfuerzo? El biceps del campesino convierte en su propio vigor el esfuerzo que no es excesivo, y mientras se recorre los campos arando o sembrando, el aire intensamente embalsamado y puro convierte la fatiga en alegría y es licor de vida. Mientras el artista sufre y lucha contra sus pobres medios de expresión: ¿cómo aprisionar la idea? ¿qué símbolo la representará en su realidad? O el sabio agota todo su esfuerzo en sus ansias, todo el vigor de sus nervios en romper el velo que cubre a medias una concepción; el trabajo nervioso agota, debilita y mata, el hombre pone en él algo de lo más íntimo de su ser; cópula llamaron los antiguos a ese hundirse del pensamiento en el seno de la naturaleza para engendrar la realidad.

A la larga, el régimen de los descendientes de Manco-Cápac, después de producir la fácil y cómoda subsistencia, sin lujo y sin excesos de riqueza, y más aún, sin los beneficios del arte, habría llegado a automatizar todo el Im-

Hugo MONCAYO

ERES UN LOTO VIVO....

Hija de un Faraón, de Isis preferida,
es la curva de un ibis, la línea de tu cuello.
Guermen en tus pupilas los ensueños de un druida
y en las ondas del Nilo jugueteó tu cabello.

Eres un loto vivo. Una esfinge animada.
Algo hay en ti hierático, que me anima y seduce.
Tus ojos guardan brillo de esa estrella plateada,
que en los cielos azules, a los hombres conduce.

Al mirarle yo evoco las palmas, las arenas,
las pirámides altas, las altas lunas llenas.
Emanas un perfume de antigua aristocracia.

Y me juzgo un remero llegado de la Gracia,
burlando los encantos de todas las sirenas,
para volcar mi alma, como un vaso de Asia.



perio; cada cual trabajaría en la práctica de siempre, para vivir por sí una existencia muy limitada y escasa. — Y en realidad, hay también mucho de fantástico, en los poemáticos relatos de la facilidad y felicidad de la existencia de los hombres de Tahuantinsuyo.

Vivo relato tenemos de las que debieron ser las fiestas del cultivo entre los incas. El indígena que va a recolectar las mieses de su pequeña *chacra* (1), invita a sus parientes, amigos y vecinos a una *minga* — o sea, a la prestación de brazos para cualquier cultivo en común. — El dueño, aparcerero o arrendatario que ha pedido el auxilio, compra la mayor cantidad de *chicha* que puede e instala desde muy por la mañana la labor. Los peones de la *minga* en cuadrillas hacen su trabajo cantando un canto monótono de tono muy triste, que llaman *jaguay* por el respectivo estribillo; no es la alegría de los viñadores del Borgogna o de la fiesta de Ceres de los antiguos cul-

tivadores, es un canto de lamentación que, al oír de lejos, entre las arideces de ciertas pampas, deja un amargo sabor en nuestras almas. — Pero tienen de característico y hermoso, la costumbre de abandonar voluntariamente, y como al descuido, algo de las mieses del campo, que se cosecha, para que pobres gentes las recojan sin humillación bajo el nombre de *chatalas*.

Mas que verdadero amor para el inca, parece que este había conquistado entre sus vasallos veneración: era Dios y como tal se le rendía homenaje; por eso, como entre los romanos del bajo imperio, dioses más fuertes derribaron de su pedestal al antiguo idolo que no podía defenderlos. — Cuando, como extraños monstruos iguales a los centauros de la leyenda griega y portadores de la refalgame y mortal chispa de Inti, se presentan los españoles; pierde el Monarca la veneración de sus devotos que pasa a los poderosos extranjeros, hasta cuando el trato diario con ellos los convenció que eran hombres y no dioses, y la perversidad de muchos de sus actos, cambió el respeto en temor y en odio.

(1) La *chacra* es una corta extensión de terreno que cultiva un individuo o familia.

Rogelio SOTELA

DÍOS ES EL HERMANO MAYOR

Envío para la revista AMÉRICA de Quito

*Se conforme y sé humilde. La miel de tu colmena
será siempre más blanda y más pura y más buena
si es tu miel. No te empeñes en coger la de otros.
La paz y la alegría sólo estará en nosotros.
Para nuestra ventura nos bastamos. Soñemos
por los que no soñaron. Lo poco que tenemos
crece para nosotros en nuestros predios grises
y será para aquellos que no han sido felices.*

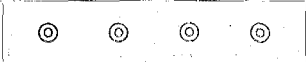
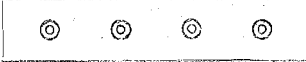
*pobrecillos... los viste? Se acorrijan de todo.
Sufren por cada cosa que les pasa, de un modo
tan singular, que encuentran su fe desconocida.
Diles que no precisen el tiempo, que en la vida
todo está tan dispuesto, tan armónico, tan
natural, que los hombres pueden poner su afán
en lo que esperan. Pero no bastará quererlo....
Dios es el hermano mayor y hay que ponerlo
bajo su bien.*

*Y diles que el amor es la única
grandeza que tenemos. Jesús no dió su túnica
como el evangelista, al leproso; se cuenta
que dejó un beso puro en su boca sangrienta.
En cambio, los apóstoles diéronle viandas. Hasta
Pedro, el más anciano, le dejó su canasta....
Y el leproso no pudo sonreírle por eso;
pero sintió un aliento de amor con aquel beso!*

Y continuó la hermana:

*Eso bien nos enseña
si tú quieres otro, que el hombre que se empuña
en buscar sólo ansias del mundo verá un día
que no florece nunca en su alma una alegría.*

*Nosotros bien tenemos con nuestra fe. Soñemos
por los que no han soñado Y en nuestros predios grises
por el humo que hita nuestro incensario, oremos
porque todos aquellos también vivan felices.*



Niñas Susana y Maria Parrea Freile



Jorge CARRERA ANDRADE

POEMAS

UMBRAL DE DOMINGO

Después de la faena cotidiana, después
el corazón exprime sus racimos de llanto.
Una zarza de plomo se enreda a nuestros pies;
se queda en la garganta el hueso azul del canto....

Se echa a leer el sueño su libro de estupor
y el cansancio molesta como un postigo abierto.
Dios va, como un gran viento, levantando un rumor
por la noche sembrada de labios entreabiertos.

NOVIEMBRE

Leonardo: Entre el saltar matinal de los perros,
mientras ibas de caza por ocultos senderos,
¡oh Dios! se ha disparado sola tu carabina
y, sobre el césped húmedo, tu cuerpo está sin vida.
Los gorriones descifran el libro de la hierba
y los robles antiguos creen la vida eterna.
Un torbeniño azul es el aire. Las cosas
sienten el devenir... ¡cómo un florero, aroma
tu recuerdo guardado en la casita urbana!
Un gorrion niño, sobre la carabina, canta:

EL HOMBRE ATORMENTADO

Como un báculo de ciego
llevo el cuerpo vagabundo
por el mundo,
y nunca llevo.

Dan, la miel de la alegría
y la harina del dolor
su sabor
a mi pan de cada día.

El cansancio, lecho snave
por la tierra anda buscando.
Hallará quién sabe cuándo!
¡Quién sabe!

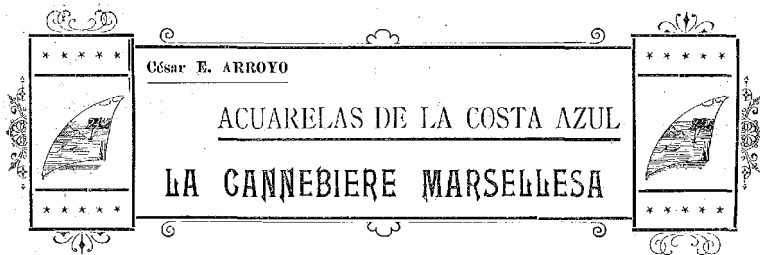
Y bajo las lunas santas
y con la humildad de un ruego,
va el corazón como un ciego
lastimándose las plantas.

Quiere el báculo seguir
por toda la curva tierra....
¡Ya tendremos que partir!
El párpado ya se cierra.

La carne que habla andará
ya limpia y sin sobresalto.
La noche me gritará:
¡Alto!

Sobre el cerrado portón:
llamaré con mano fuerte.
Espumará su canción
la marmita de la Muerte!





¿ES el boulevard parisino que se ha alargado hasta el Mediterráneo? ¿Es la sin par calle de Alcalá que se ha trasplantado a Francia? ¿Es el romano Corso Humberto, plebérico y bullente, el que aquí se reproduce? ¿Es la florida Rambla barcelonesa la que aquí vuelve a vivir? Ni tan elegante como uno de los grandes bulevares, ni tan risueña como la famosa madrileña calle, ni tan congestionada como el latino Corso, ni tan lleo de trinos y de aromas, como la barcelonesa Rambla; la Cannebière marselesa contiene elementos de todas las grandes vías europeas, presenta el aspecto de las más abigarradas avenidas cosmopolitas y está, además saturada de un hálito exótico, que es como el espíritu del Oriente encendido y milenario, que se hubiera alargado, como una llama, hasta este punto de la mediterránea costa francesa.

Figuraos los que no conoçais la Cannebière, eje y principal arteria de Marsella, una amplia vía flanqueada por soberbios edificios de cinco, seis y hasta de siete pisos, que dan albergue a hoteles, bancos, casas de cambio, grandes almacenes, cinemas y cafés, agencias de trenes y de barcos, la Bolsa de Comercio y cien oficinas de negocios. En las aceras, amplias como calles, se abren los escaparates de las joyerías, constelados de alhajas falsas y legítimas, brillando con las luces de sol del oro, de luna de la plata, de sangre de los rubíes, de cielo de los zafiros, de mar de las esmeraldas, de odio de los topacios, de amor de las amatistas, de idealidad de las perlas, de misterio de los ópalos,

de iris de los diamantes. En los grandes vitrales de los *magasins* de modas, se agrupan los maniqués de cera, que parecen divinas mujeres estatificadas por el Hada del Lujo, al *conjuro del dernier cri* de los modistas de París, vistiendo las creaciones de la temporada, en las que las sedas parecen modelar los cuerpos con morosas delectaciones de caricia, las muselinas y los tules vaporizar las formas, haciéndolas de nube, los céfitros y las randas, volar los contornos, haciéndolos de bruma, los encajes señalar el camino de los besos, las cintas envolverse y desenvolverse en los cuerpos en ondulaciones serpentinas; las plumas dar a esas siluetas femeninas la apariencia de raras aves de un paraíso de perdición. Las vitrinas de las casas de cambio muestran las áureas y las argénteas monedas en montones, como en el sueño de un avaro; los billetes de todos los Bancos, en fajos de ciento, de mil, o metidos en marcos, como diplomas capaces de acreditar a sus poseedores una omnisapiencia. Las estanterías y los mostradores de los bazares se desbordaban, se vuelcan hasta la calle con cuantos objetos puede requerir la humanidad para cubrir sus necesidades o satisfacer sus caprichos. Las portadas de los cines están cubiertas de enormes carteles polícromos y de inúmeras fotografías, anunciando, en forma llamativa y truculenta, las comedias, dramas y tragedias del arte mudo y mostrando, en confusión absurda, las imágenes de los mas diversos personajes de la historia y de la leyenda, de la novela y de la realidad,

de la antigüedad y del momento, de la ciencia y de la farsa, de la poesía y del *sport*, del misticismo y de la bufonada; en esos afiches se barajan las cabezas de Juana de Arco, y de Amundsen, de Musset y de Botteccia, de Julio Verne y de Biscot, de María Stuard y de la Bertini, de Lohengrin y del gordo Fatti, de Tolstoy y de Charlotte. Las tiendas de artículos de viaje amontonan a sus puertas cien valijas que nos tientan con un viaje que quisieramos emprender mañana, hoy mismo. Una de estas tiendas ostenta, con toda franqueza, en plena Cannebière, este letrero: *Ainé Maison Allemand*; y este detalle nimio, no deja de tener su significación; pues, nos está probando que, al través de los abismos que abriera la guerra, el comercio, impasible e indiferente a todo lo que no sea interés, se abre paso. Los lujosos cafés situados estratégicamente en la Cannebière, se han salido de madre y pueblan de inúmeras mesas y veladores de mármol, las aceras que se han convertido en terrazas acogedoras de los viandantes; por ellas circulan acuciosos, vestidos de frac, los *garçons*, como cumpliendo una alta misión; las floristas insinuantes, los limpiabotas impertinentes, los vendedores de periódicos, los vendedores de baratijas y los inevitables mendigos que usedian, sitian, a los parroquianos que, impertérritos, apuran tranquilamente su café, su cerveza, su refresco, su aperitivo o su menjurje favorito. Una doble fila de tranvías cruza constantemente por sus férreas paralelas, y como estos vehículos resultan insuficientes, los autobuses, los ómnibus, las diligencias les acompañan en su marcha, llevándose su ingente carga de humanidad; los lujosos autos de grandes marcas pasan también, brillantes y soberbios, así como los modestos *fotingos*, alborotados y apestosos, y los anticuados coches de caballos, que van desvencijados y claudicantes por la calzada. Los letreros en mármol y bronce de los grandes comercios, los rótulos de los otros y los mil afiches pregoneros de todos los artícu-

los parecen gritar con gritos de colores, desde los tejados, desde los muros, desde los cristales de los balcones, desde los postes, desde los kioscos. Esta gran riada urbana arranca de las frondas verdes de los *Allées de Meilhan* sobre los cuales, como almas gemelas, suben al cielo las dos agujas góticas de la Iglesia del Chapitre, y desemboca en el Viejo Puerto a cuya entrada el puente colgante templea sus nervios de acero y en donde el Mediterráneo ha puesto un gran espejo en el que por lo inmóvil, parecen clavados los cascos y el bosque de mástiles de cien barcos. Como una inmensa copa de cristal azul que gravitara sobre la soberbia vía y toda la urbe, el cielo del mediodía, inflamado y profundo, ya casi africano, derrama en la tarde estival, torrentes de luz y de calor.

¡Marsella, puerta de Oriente!... En la Cannebière, trepidante como un muelle, parece que se han dado cita gentes venidas de las cinco partes del mundo, que por ella discurren en un desfile que diríase carnavalesco: moros de blancos y flotantes albornoces, turoes de encarnados gorros cubriendo las sucias pelambres, negros senegaleses que parecen tallados en ébano, broncíneos egipcios de rostros hieráticos, indus cobrizos con sus blancos turbantes, enrollados en torno a la cabeza, menudos japoneses, chinos amarillos, chatos y de almendrados ojos, yankees rubios y pesadotes, blondos ingleses erguidos e impasibles, uno que otro alemán de cuadrada cabeza que parece de madera, escandinavos gigantescos, rusos vagabundos, finos italianos de negros ojos; y, sobre todo, soldados, muchos soldados coloniales, que *Abd El Krim* amaga en Africa, y Marsella es el puerto de embarque de las francesas huestes. Junto al misionero de Jerusalén, barbudo y ascético, pasa el legionario, des preocupado y alegre silbando la *Madelón*; junto al burgués obeso, pasa el bohemio con cara de hambre; junto al marino que sabe de todas las rutas, pasa el oficinista sedentario, junto al

turista sibarita, pasa el gitano arras-trado; junto al banquero opulento pa-sa el mísero vendedor de baratijas; junto a la solemnidad del condecora-do, pasa la grotesca traza del hombre anuncio; junto al patricio pasa el pí-caro; junto al millonario el mendigo. Y si heterogéneo es el desfile de hom-bres, no lo es menos el de mujeres por esta cosmopolita rúa: por ella pasan confundidas y revueltas, la monja de la caridad y la alcahueta, la gran ma-trona y la entretenida, la señorita bien y la griseta, la niña de primera comunión y la cocota. Elegantes fran-cesas, esbeltas italianas, graciosas es-pañolas, mulatas algerinas, negras su-danesas, alabastrinas holandesas, rusas enigmáticas, *gehissas* frágiles y leves, como mariposas. En este desfile como de carnaval famoso u ópera de gran espectáculo, el eterno femenino sonríe en cien máscaras adorables. Representa-tivas de su raza, cada mujer de éstas tiene un atractivo especial, que solidariza y ata al mundo, evocándo-nos un exquisito universo de pasión y de aventura, de transporte y de exotismo, de nostalgia y de ensueños, de voluptuosidad y de misterio. De misterio, sobre todo. A pesar de ello, no se nos ocurre lamentar como el poeta Tablada lamentaba, con en-cantadora ingenuidad, en análoga oca-sión:

•Mujeres que pasáis por la Quinta Avenida
tan cerca de mis ojos, tan lejos de mi vida!•

¡Tan lejos de su vida!... ¡Pobre poeta, si todas las mujeres que pa-san en una tarde por la neoyorkina Quina Avenida fueran a gravitar so-bre su vida! Si tal sucediera suponien-do un absurdo, por el mismo hecho, podríamos dar por terminada la pre-ciosa existencia del inspirado autor de *Florilegio*.

De tal diversidad de gentes venidas de todos los confines, surge natural-mente, la diversidad de idiomas, que hace de esta calle una avenida babé-lica. Sobre el sedfio y rutilante man-to del francés que, por fuerza, es el que domina, los otros idiomas tienden

sus hilos y trenzan sus mil arabescos: el italiano cantarino y musical, el in-glés fuerte y esdrújulo, el alemán ás-pero y gutural, el portugués molístico y sandoso, el griego de milenarias y sabias resonancias, el ruso hermético e inasequible, el árabe complicado y sutil, el chino monosilábico y cortante, el japonés exótico y lejano; y el di-vino español nuestro, este idioma ado-rado y adorable, que aquí, como en casi todo el mundo, eleva sobre los otros la suprema armonía de sus notas cla-ras y rotundas, de limpia estirpe la-tina, irris: das de áureos reflejos y de mediterráneas diafanidades, este idio-ma sumo, este idioma cumbre en el que, como en el mar, van a desembocar todos los idiomas neolatinos; y que al oírlo en el extranjero, nos hace vol-ver la cabeza y el espíritu en un mo-vimiento instintivo de hermandad ra-cial, viendo un compatriota en quien lo habla, ya que el idioma es el lazo más fuerte que puede unir a los hom-bres, y «*la Patria es la Lengua*», se-gún lo ha proclamado, con sobra de razón, ese gran Don Miguel de Uná-muno.

Con nuestro dilecto amigo y colega el Cónsul de Colombia, Carlos Velás-quez, brillante representante de la noble juventud de su patria, nos pla-ce hablar de estas cosas, sentados en la terraza de uno de los principales *cafés de la Cannebière*, ante dos ta-zas del humeante y negro néctar; y al contemplar el cosmopolita desfile, repetimos la profunda estrofa del vie-jo vate Rafael Pombo:

«Gente, más gente y más gente
pasa delante de mí.
¡Ah, qué triste es ver así
la humanidad en torrentel
¡Ignoro cual es su fuente,
ni en qué mar se perderá;
más de cierta, juro ya,
que en el pecho de cada uno,
el aguijón importano
de la desventura va...»

Y ante el tráfago de este puerto caótico y cosmopolita, con toda su vida dirigida hacia Oriente, sin un signo visible, sin un eco de nuestra maternal América; muy distantes no-

Braulio CAÑETE

PALABRAS AL OIDO

A la Juventud que asciende.

Excelsa luz la del saber. Ilumina todos los senderos de la Vida. Siguela.

Suprema facultad la de la inteligencia. Ennobléce las cosas del mundo. Amála.

Divina virtud la de la mente. Levanta las cosas despreciables, audí-ándolas. Venérala.

Grandiosa potencia la del estudio. Encuentra soles y descubre astros. Practícalo.

Majestuosa serenidad la de la sabiduría. Descubre la verdad y desvanéce el error. Alcánzala.

Portentosa energía la del cerebro. Ella aloja en cada neurona un mundo. Enriquecéla.

La verdad pura es esquiva, que huye amparada de las sombras del error. Persíguela.

Si vacila tu fe, si desmayas tu anhelo, si empobrece tu empeño, estudia.

Si se angustia tu alma, se atenua tu esfuerzo o palidece tu afán, estudia, aprende.

Si te abate el pesar o te abruma el dolor, estudia, aprende, medita.

Si eres feliz o dichoso, si eres rico o pobre, estudia, aprende, medita, filosofa.

Y rico o pobre, dichoso o abatido, triunfador o derrotado, estudia siempre, medita siempre, aprende siempre.

En el estudio, en la meditación, encontrarás el sereno resplandor que inundará de dicha tu alma.

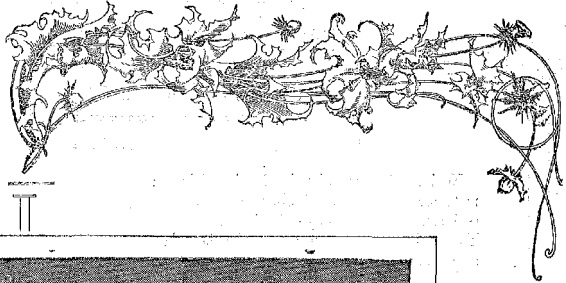
Y cuando hayas estudiado y cuando hayas aprendido y cuando hayas meditado, sé noble, sé generoso, sé bueno.

sotros, muy lejanos de nuestros hogares solariegos, evocamos nuestros valles pensativos, nuestros montes vigilantes, nuestras viejas y quietas urbes coloniales: él, su Popayán heráldico y señor, poblado de líricos cantares, el maravilloso valle del Cauca, donde pudo florecer ese lirio de ensueño y de candor que se llamó María; y yo, mi Quito suspirado, donde lloré mi primer llanto, la urbe encubrada y ascética que se aduerme a la sombra de sus conventos, en el regazo de su sacra montaña tutelar, la ciudad esclarecida, en la que pudo surgir como una azucena de santidad, Mariapa de Jesús. Y, a la evocación de nuestros espíritus nostálgicos, algo así como un hálito fragante de nuestras patrias amadas y remotas viene a orear nuestras frentes, viene a opear nuestras almas....

El largo día agostal va, al fin, desfalleciendo paulatinamente. El cielo, poco antes azul y encendido, va tomando tintes anaranjados y de violeta. Como flechas negras, pasan rayándola las golondrinas, que van en busca de sus nidos, bajo los aleros propicios. El sol ya ocidido es un enorme globo de fuego que se apaga

en el mar, ensangrentando las aguas y ensangrentando las nubes. La luz crepuscular parece tamizarse, espiritualizarse en una media tinta desvaída que presta a las formas vagos contornos. Es la hora del Tiziano, que han dicho los poetas. Pero las sombras no vienen, no pueden venir: los arcos voltaicos se encienden y fulgen como lunas suspendidas sobre la gran calle; de los escaparates surgen explosiones luminosas; los miles de bombillas de colores de los anuncios eléctricos se encienden y se apagan, vuelven a encenderse y tornan a apagarse, hablando su lenguaje de luz. La calle cobra un aspecto feérico. Las ojeras de las mujeres se agrandan, y presos en los negros cerros, los ojos brillan más intensos y misteriosos. El afanar del trabajo cotidiano ha cesado, y todo parece languidecer, buscando cabezales de serenidad. El día ha pasado con su carro de afanes, de dolores y de resplandores, para dejar campo en el mundo fatigado y en el cielo desfalleciente, a la Augusta Reina Doña Noche que, diademada de luna, inquietante y enigmática, va extendiendo sobre el orbe el manto imperial de las constelaciones...

Marsella, Agosto de 1925.



Srta. Cecilia Chiriboga de Chiriboga



Palomón ESTILITA

SIMBOLO

No importa que rujan los fuertes oclones:
nada me contrista y mi alma encendida
está con la lumbré de tus ilusiones.
Yo con los careajes que arranqué a la vida
como un sol glorioso daré mis canciones!

¿Qué podrán los dardos contra mi coraza?
Que luevan las flechas por cientos y miles;
ebrio del perfume que dan tus abriles,
yo tengo la audacia que canta en mi raza;
ni oídos al miedo, ni talón de Aquiles!

Y llevo una estrella que arranqué a los cielos
como un anuelito sobre el corazón;
ven sobre mis alas: todos tus anhelos
en vertiginosas y líricos vuelos
serán verso y música y luz y canción.

Ven: lejos del mundo de encantos profanos,
despliega tu manto de Reina: Alegría
te ofrecen mis locos poemas paganos,
y pondré en el blanco marfil de tus manos
todos los tesoros de la Poesía.

Cantarán mis labios floridos rondales
con sangre de rosas y miel de panales;
me darán los tuyos la miel de las mieles....
y formará un áureo tropel de coreceles
el raudó desfile de mis madrigales.

Ven Reina: entre el humo de mis incensarios
despliega el tesoro auroral de tu manto:
tallaré tus gemas con mis lapidarios,
y tendrás los ricos tesoros del canto
sobre el terzo lomo de mis dromedarios....

Iremos muy lejos siguiendo las huellas
fragantes a rosas que da la mañana,
y tal vez, un día, verán las estrellas
que burlando el sueño de la caravana,
dos almas radiantes, floridas y bellas

con la paz divina de la Poesía,
con la unción devota, profunda de un rito,
en una dulzura de melancolía
tendieron sus alas hacia el infinito!....

Ven: lejos del mundo de encantos profanos,
despliega tu manto de Reina: Alegría.
te ofrecen mis locos poemas paganos,
y pondré en el blanco marfil de tus manos
todos los tesoros de la Poesía!....

Julio ARAUZ

REFLEXIONES SOBRE UN PROBLEMA INTERESANTE

La verdadera historia de la humanidad, no va más lejos de aquella fantástica que se desarrolló en los arenosos bordes del sagrado Nilo, y aun cuando aquel período de 6.000 años transcurridos, comparado con nuestra pobre personalidad, que se deshoja entre los cortos límites de una simple centuria, nos parezca abrumador, en realidad, no es nada: Menfis y Tebas son ciudades de ayer, y sin embargo, inmensa es la obscuridad que se observa en esos tiempos. Para descubrir la vida de aquellos moradores del Planeta, el historiador debe marchar constantemente linterna en mano, enfrentarse con espectros, preguntar a las momias, profanar sepulturas, decifrar extravagantes escritos y encanecer en el estudio; trabajo de paciencia, trabajo formidable, de ingenio y de talento. Por él, las tumbas, poco a poco, nos revelan sus secretos, los muertos nos cuentan sus historias, y los dioses nos ponen al corriente de sus farsas. Pero a pesar de todo, aun no hemos logrado que aquellas civilizaciones extintas nos revelen todos sus arcanos, y el Cercano Oriente, todavía hoy, nos da la impresión misteriosa, de una tierra cubierta de un manto de neblina, que no disipa el viento, desde Libia a la Mesopotamia.

Y a medida que vamos cuesta arriba las tinieblas se vuelven más espesas, y es porque, conforme nos remontamos en la historia, cada vez encontramos menos que observar.

Las gentes y las cosas han desaparecido unas tras otras, las naciones se han hecho polvo con el alétozo del tiempo, y es apenas, si podemos encontrar por aquí y por allá, algunos escombros solitarios y roídos, como mues-

tra de lo que fueron esos pueblos, y es precisamente con ese material mutilado, destrozado, que el historiador debe reconstruir la vida del pasado.

Pero las ruinas escasean notablemente conforme nos alejamos del ciclo de las civilizaciones más o menos conocidas; los palacios, los templos gigantescos, receptáculos de ciencia, de secretos y de crímenes; las torres elevadas, que el astrólogo caldeo construía para mirar mas de cerca el correr de las estrellas, se truecan, en los albores de la historia humana, en humildes cabañas de pobres pescadores y rústicos labriegos, cuando no en húmedas cabañas naturales; los cantos armoniosos, los ritos complicados para adorar a dios, en danzas entusiastas y gritos de alegría, bajo el azul del cielo y sobre los verdes prados; el oro y pedrería de los reyes, en collarettes multicromos de vistosas pepitas de los campos y conchas diminutas de las orillas del mar. Y por este camino llegamos a un punto tal, en que el hombre, por su estado rudimentario de adelanto, era incapaz de legarnos otra cosa que no fuera el recuerdo fugaz de su débil esqueleto, al que, las aguas corrientes con su lamer eterno, debían concluir por disolverlo y llevárselo con ellas, desmenuzando molécula a molécula. Tan es así, que apenas se encuentran en rarísimos lugares, ligeros vestigios de la existencia de nuestros lejanos bisabuelos en las épocas geológicas, de las que nos separan un incalculable número de años.

Aquellos restos son tanto más preciosos por lo mismo que son completamente escasos. Pero reconstruir la historia de la humanidad con semejantes documentos, sería una labor casi imposible, si para ello se aplicasen los ex-

métodos ordinarios de la Historia; no es, pues, el historiador el que debo estudiar y explicar la aparición de la persona humana en nuestro Globo. Son otras ciencias, con métodos propios y principios también propios, las llamadas a emprender este trabajo: aquí entramos de lleno en el dominio de la biología y de la geología. La Historia estudia únicamente la formación y la evolución de las sociedades, al paso que la aparición del hombre en el planeta, es un asunto que concierne con exclusividad a las ciencias naturales.

La geología ha dividido la historia de nuestro globo en grandes eras, correspondientes cada una, a los acontecimientos de mas significación que en ella se registra. La corteza sólida del planeta ha sido un verdadero juguete del fuego que se oculta bajo nuestros pies; varias veces, ciertas partes, cediendo a un empuje gigantesco, se han levantado sobre la superficie de las aguas formando grandes continentes, y varias veces también, así mismo obedeciendo a titánicos impulsos, han vuelto a ocultarse bajo el azul del mar. Los animales y las plantas, que durante esas diferentes eras se han desarrollado sobre la faz de la tierra, presentan un interés capital, porque de su examen se puede deducir claramente el *proceso* lógico que ha seguido la naturaleza, en la producción y desarrollo de los seres vivientes. Y así vemos, que hay especies que han desaparecido completamente sin dejar descendencia; otras que se han perpetuado casi sin variación ninguna, y por fin, otras que se han perpetuado también, pero modificándose tanto, que al cabo de un ciclo geológico mas o menos largo, el individuo resultante ha llegado a diferir grandemente del ancestro, a tal punto, que se hace difícil creer en el parentesco que en realidad existe entre los términos extremos de una misma cadena.

La era primaria es la era de los crustáceos trilobitas, que después de una existencia vigorosa y exuberante se aniquilan paulatinamente hasta el

extremo que en la era secundaria, ya no se encuentran ni ligeros vestigios de su presencia en las capas sedimentarias.

La era secundaria se distingue por la abundancia del género de moluscos amonitados y por el enorme desarrollo de los grandes reptiles. Pero aquí, es curioso anotar, que los amonitos descienden sin interrupción de los goniatidos primarios, y que los reptiles, tampoco aparecen sin precursores, porque en la era anterior ya empiezan a manifestarse con formas rudimentarias; la diferencia sólo estriba en que, los amonitos desaparecen con el fin de su era, mientras que los reptiles, unos evolucionan y se eternizan dando lugar al nacimiento de las aves terciarias, otros mueren sin dejar representantes, y otros, se modifican en sentidos tan diversos, que llegan a formar la multitud de especies de la fauna de las eras subsiguientes.

Al fin, con la era terciaria llega el apogeo de los mamíferos, pero no de un modo inesperado; durante toda la época anterior habían vivido pequeños marsupiales, y éstos, son precisamente el punto intermedio, entre los animales que se reproducen por huevos, y aquellos en que la cría sale completamente formada del útero materno. Los grandes marsupiales terciarios son hijos de los pequeños ya nombrados, y del marsupio a la verdadera glándula mamaria, no hay mas que un paso, este paso se lo da definitivamente en las épocas terciarias, en las cuales, los mamíferos se presentan con todo su esplendor.

La era cuaternaria es la del hombre. En verdad, ésta, no es una era propiamente dicha sino la continuación de la anterior; en efecto, vivimos sobre los mismos continentes terciarios, y en cuanto a la flora y fauna actuales, son, con pequeñas diferencias, las mismas que vivieron en la edad anterior, y lo único de notable que se puede considerar, es que el hombre se presenta de un modo definitivo sobre el globo que éste saca a reiniciar sus maravillosas facultades, que por ellas, logra esclavizar a todos los vivientes

y hasta vencer a las fuerzas de la naturaleza.

El hombre es, pues, un animal terciario, que llegó a su perfección orgánica en la época en que llegaron los demás mamíferos. Y zoológicamente considerado no es un ser aparte en el mundo animal: es un verdadero primate superior, del orden de los simios, los que, a su vez, guardan íntima relación de parentesco con los lemurianos, por cuyo camino vamos a dar directamente con los insectívoros, y más allá aun: legalmente, el hombre debe ser colocado en el sub-orden simiesco, y si ciertas clasificaciones lo separan, es, simplemente, por una razón de amor propio.

Ahora bien, todavía cabe una reflexión; en los primeros asientos terciarios los primates están representados, sobre todo, por los lemurianos. Mas tarde aparecen los primates superiores, a los cuales se los puede considerar sin gran esfuerzo, como los verdaderos antecesores de los monos actuales: el pliopiteco, ancota del gibón; el driopiteco, ancetra del gorila; el antropoliteco, del chimpancé. ¿Sólo el hombre habríase podido formar sin precursores? Lo absurdo de una respuesta afirmativa salta a la vista.

Para que fuera posible tal conjetura, se necesitaría que el ser humano se encontrase completamente aislado del resto de los vivientes y sin ninguna conexión con ellos: se necesitaría que el hombre no fuese un animal bajo ningún punto de vista, y es innegable que una aseveración semejante no tiene fundamento. El hombre tiene sus precursores como todo lo que vive en el planeta; sin entrar en consideraciones acerca de los homínidos de los hermanos Ameghino, que pretenden haber encontrado los abuelos y bisabuelos del hombre en los terrenos ecéjicos de la Patagonia, porque, como lo observa Bonle, éstos están todavía muy lejos de la forma y de las condiciones humanas, recordemos el muy conocido descubrimiento del pitecantropus en el plioceno de Java; este primate es casi un hombre,

de él a nosotros, la diferencia estructural es muy pequeña, y comparándolo con nuestros monos actuales, ya podemos notar entre estas dos clases de seres, la enorme diferencia intelectual que separa lo racional de lo irracional. El primate javanés sabía hablar, y para esto es preciso vivir en sociedad y coordinar ideas.

Negarle nuestra paternidad por razones teológicas, resulta pueril y contraproducente, porque, aun suponiendo que estuvieran en lo justo los defensores de tal tesis, no defenderían con eso la ideología sobrenatural, que tan a pecho toman cuando se trata de explicar el origen del hombre. El descubrimiento de Dubois significaría en este caso, que la inteligencia no ha sido un don exclusivo, privativo, del hombre, sino que también han existido otros seres, el pitecantropus, por ejemplo, que sería para ellos un animal hecho y derecho, y que sin embargo ha tenido en el cerebro el chispazo divino, que la filosofía mística pretende asignarle a la humanidad de un modo excepcional, único y como una merced incomparable y escogida.

Se dirá, que en el erectus pitecantropus de Dubois, a pesar de la gracia peculiar que poseía como es la de hacerse comprender de sus congéneres, empleando un lenguaje que ya era articulado, la inteligencia era nula comparada con la nuestra. Esa y en realidad lo es. Pero tampoco debemos olvidar que el hombre, no siempre ha sido lo que es en la actualidad, muy al contrario, las razas primitivas, a juzgar por la constitución de su cerebro, debían ser inmensamente inferiores cualquiera, a las más bajas, de las que conocemos en día: los representantes de la raza humana prehistórica de Canstad, no podían ser muy superiores en intelecto al miserable desenterrado de la isla de Java, con todo de ser, éste, universalmente reconocido como un animal, y aquellos, los de Canstad, sin la menor sombra de duda, seres humanos, tanto para los filósofos creyentes como para los naturalistas atcos.

Victor Hugo ESCALA

Visiones de Europa

Cleopatra, en la Rue de la Paix

Bajo el suave derroche de los arcos
voltaicos que iluminan las vitrinas,
y entre lienzos de nórdicas marianas
y desnudos que triunfan de los marcos:

surge la reina de los ojos zarcos,
la de carnes oliváceas y ambarinas
que brindó, con caricias clandestinas,
noches de amor a legionarios parcos.

Yo la admiro y retorno a las ciudades
de los gozos y las perversidades
que fueron en su lecho alada tropa.

Me mira, por que tiembla su pestaña;
se me insinúa y con malicia extraña
me brinda el filtro de su egregia copa.

Remanso del Danubio

Recuerdo que la luna derramaba
luz de alabastro sobre el parque umbrío
y que el aire entre juncos ensayaba
fugas de Bach con el correr del río.

Y ese gárrulo arpegio que vibraba
sobre flores cubiertas de rocío,
imitarlo tu boca me mandaba,
y así lo hice, cumpliendo tu extravío.

Con locura besé tus labios rojos
que al deleite supremo se ofrecían
en dos perlas de arcebol.

Besé tu frente y al besar tus ojos
tus azules pupilas parecían
dos turquesas heridas por el sol.

San Lúcar de Barrameda

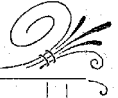
Sobre el glauco sector del oceano,
como frágil pelcano de nieve,
va mi esquivo de corte gaditano
rompiendo espuma, impetuoso y breve.

El sol declina como un as romano
entre las nubes que la brisa mueve,
y dora con la gloria de su arcano
cielos y mares, cual las crenchas de Hebe.

Lleva el viento el rumor de barcarolas;
trae el viento el perfume de las olas
que acendra el agua tornadiza y verde.

Interrogo al paisaje, y me responde:
el barco, una gaviota que se pierde;
y el sol, una esterlina que se esconde.





Srta. Beatriz Arias R.



Miguel ANGEL ALBORNOZ

LA VOZ DE LAS COSAS

FRAGMENTO DE NOVELA

CABIZBAJO y con paso lento caminaba Sebastián Rojas por el estrecho callejón bordado de cactus y capuchinas odorantes. Al fondo se destacaba majestuoso y blanco, el portón de la granja solariega. Los campos verdeaban bajo el sol de agosto, besando el pie de la montaña azul. Al frente, despejado y cubierto de nieve secular, humeaba el Tungurahua como una chimenea fantástica.

Hombro con hombro de Sebastián marchaba también su viejo preceptor, don Joaquín Saavedra, fiel amigo de aquella casa guardadora de amados recuerdos. Detrás seguían humildes y cariñosos, los criados que habían acompañado a Saavedra hasta el cercano puente, para recibir al joven amo que regresaba después de larga ausencia. El indio mayoral, ceñido y áspero, el poncho multicolor levantado sobre el brazo, el zurriago terciado a la espalda, conducía por las bridas la sudorosa cabalgadura de Sebastián, quien había preferido ir a pie como todos los demás.

—Querido discípulo—decía don Joaquín, con la confianza del maestro—no sabes cuánto he sufrido! Un mes antes de que llegaras de Europa murió Don Nicolás. El Padre Murillo y yo le cerramos los ojos y le amortajamos. Tu tía, la señorita Resignación, abrumada por la ausencia eterna de su buen hermano, se metió al monasterio ocho días después del fatal suceso. Los criados y yo quedamos solos; pero la casa y la hacienda están bien cuidados. Tú padre no dejó de nombrarte y pensar en ti hasta el último instante de su vida.

Sebastián recordaba los días tristes y lentos que había permanecido en Guayaquil sin atreverse a visitar la

mansión paterna, hoy abandonada por los seres que fueron la gloria del hogar y que habían constituido toda su familia. Sebastián meditaba con dolor en que no siquiera conoció a su madre, que había muerto al darle a luz.

Llegaron a la enorme puerta de calle, que estaba cerrada, y Joaquín Saavedra la empujó vigorosamente. Los gozues embotecidos chirriaron como si dieran un desgarrador grito de angustia.

—Suenan como antes, dijo Sebastián; tienen su voz propia. Sólo que ahora me parece este agudo ruido, una lamentación desesperada y triste, mientras que antaño tenía para mí notas de alegre bambuco y de canción serrana. Si lo hubiese oído en sueños, durante mi peregrinación por otros países, habríame creído transportado a los patrios lares por la mano de las hadas buenas...

La fuente de jaspó borbollaba en la mitad del patio. Su murmullo suave y monótono, ya no era el antiguo susurrar de besos y sonrisas, sino algo así como el rezo que desgrana un fraile, a media voz, en la mesa de difuntos, entre las sombras del coro.

GUARDIÁN, el hermoso perro que antes había acompañado a Sebastián en las excursiones de caza, fijo el ojo avizor sobre el calibre de la escopeta, ahora venía arrastrándose, casi ciego, el befo caído, la cola enmarañada y sucia, y buscaba la mano del joven para lamerla trabajosamente.

—Pobre amigo mío!—exclamó Sebastián acariciando la decrepita cabeza del infortunado animal.

Entraron en el ancho corredor. Habían florecido profusamente los geranios en los maceteros de bronce; pero los jilgueros de doña Resignación habían muerto, y las jaulas vacías se

balanceaban lentamente al soplo de la brisa.

En el cuarto de Sebastián todo estaba en orden y limpio como la luz, y todo lo iba viendo detenidamente en medio de la más grande emoción: los libros, los papeles, los retratos, la guitarra... Ah, sí, la guitarra! Quería también oír de nuevo la voz de este instrumento fiel, para despertar más las íntimas añoranzas, y lo pulsó con devoción, arrancándole sonos lentos de yaravíes indianos.

El salón estaba abierto. Los muebles, abandonados largo tiempo, parecían conservar la huella de los seres ausentes por la distancia o por la muerte. Allí estaba el diván donde pasaba las veladas doña Resignación; allí la poltrona del padre de Sebastián, el severo don Nicolás Rojas, en cuyo rostro ovalado y moreno, y cuya espesa y luengi barba blanca semejaban las de un apóstol de Miguel de Santiago; allí, la antigua silla de cuero prensado, con escudos en relieve, descolorido por los años, y en el cual sentábase el padre Murillo a relatar historias bíblicas.

El piano le pareció a Sebastián una caja mortuoria; pero quiso oírlo: también tenía voz conocida y familiar aquel instrumento noble y melodioso. Con mano trémula recorrió el teclado y preludió una canción anticuada, más hondamente sentida la «Serenata» de Selgas que doña Resignación la cantaba de preferencia con su bocesilla

falceadora y tiple, sin duda evocando fugitivas ilusiones de su lejana juventud. Cierta nota del piano guardaba correspondencia amorosa con un pequeño bibelot de porcelana colocado en oscura repisa japonesa de porcelana. Cada vez que la mano del artista hería la consabida tecla, vibraba levemente la figulina, produciendo un tarareo apagado y dulce, cual si se estremeciese de rubor al recibir el beso de la nota predilecta. Años atrás había observado Sebastián este gracioso fenómeno de las ondas sonoras, y desde entonces cuidó de que nadie tocara al muñequillo de cristal, a fin de que no perdiese aquella misteriosa virtud cambiándole de posición; y esta vez que tornaba al hogar desierto y entulado, volvió también a observar y oír la débil voz de aquel objeto casi imperceptible, que le hablaba de horas fugaces, de tranquilidad y paz, ya perdidas en la vejez del tiempo.



Moradores Indígenas de la Provincia del Tungurahua.

Tres golpes de aldabón anunciaron la llegada del Padre Murillo.

—Es él, no hay duda, dijo Sebastián, incorporándose: así anunciaba siempre su llegada a nuestra casa. Ese aldabón de hierro sigue con igual acento de otros días, tal como las demás cosas que me rodean...

A poco se oyeron en el corredor los pasos desiguales del Padre Murillo, el tic tac de su rosario de gruesas cuentas y el compás de su bordón nudoso.

—¡Hijo mío!—exclamó el anciano,

estrechando entre sus brazos al joven pálido de emoción y de tristeza.

Sebastián besó la mano de su padrino; pues el Padre Murillo habíale llevado a la pila bautismal hacía veinticinco años.

Los dos amigos platicaron largamente. Estaban en el despacho de don Nicolás, donde todo encontraron como antes. Sebastián tomó la campanilla de plata, de la que su padre solía servirse para llamarle con un toque especial, y así mismo la hizo vibrar, dándose la ilusión de ver con los ojos del recuerdo, gratas escenas familiares que resucitaban a la voz mágica de la sonora esquila.

Sebastián quiso visitar las tumbas de sus padres y dejar en ellas algunas flores. Señores y servidumbre se pusieron en marcha antes de que se ocultara el sol. Cuando salieron a campo raso, pudieron contemplar los cañaverales de la playa y los huertos de naranjo limitados por la corriente del Pastaza, cuyas ondas tumultuosas y locas, se retorcían en el pedregoso lecho, como aullidos de culebra gigantesca. Parecía que pasaban y pasaban,

sobre las espumas inquietas y móviles, las furias mitológicas, lanzándose imprecaciones y mesándose los cabellos como plañideras infernales. Sebastián pensó en los días de su adolescencia, y recordó que en aquel entonces, creía que las sirenas y las ninfas, escondidas en el cristal de las aguas, iban cantando aléluys de amor y de esperanza.

Llegaron al panteón. Al pie de copudos saucos reposaban juntos los dos sepulcros, revestidos de tupida yerba, plantada y cuidada por el Padre Murillo. Sebastián se arrodilló delante de ellos, y sin fuerza para dominarse más, lloró con amargura infinita. ¡Todos lloraban!

Las campanas de la parroquia tocaron el *Angelus*.

—Esas campanas—murmuró Sebastián—tienen para mí voces conocidas y dulces. ¡Cuántas veces repiqué yo mismo!...

El Padre Murillo descubrió su cabeza calva, y dijo con acento solemne y triste:

—¡Paz a los muertos!... «El Angel del Señor anunció a María...»



El Descanso. — Costumbres campesinas.



Jorge REYES

POEMAS

?

Su concha de ostra irisa la mañana;
del campanil del alba gotea la oración;
canta un gallo. Yo tiemblo
del pedazo de sol caído en mi cabeza
con la misma alegría de los cerros lejanos.
¡Pero no! Yo soy fragua de vida; desparramo
mi savia; doy mi zumo como su sangre el sol;
desarraigo la noche y en el centro
del mundo me ilumino. ¡Pero no!....
siento miedo, ¡tal vez yo soy el sol!

La montaña sedienta de sol, el hipo trágico
del volcán, soñoliento en su pregunta de humo,
así como la boca de Dios con la palabra
orquestal del cataclismo.
Lava del estupor que abrasando los pechos
la piedra del espíritu desnudo purifica.
La risa del infierno salta de las montañas.
Y cada lengua dura
de fuego va tallando los brazos de la tierra.
¡Ah!, escupo la garganta del volcán una hoguera,
pero yo soy la carcajada!

INDIA

de sol, de fruta para mis dientes ávidos;
pulpa que va agarrándose a mi deseo; rama,
cómo te has anudado a mi cuerpo, con acto
de hiedra, así un racimo de enredaderas húmedas
para el fuego de un árbol?

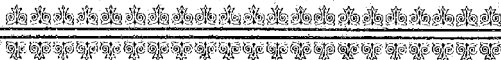
YO

que soy un hombre como todos,
me paso bajo el sol, que me ha quemado
como aquella mujer que amé a los 13 años;
yo que soy un hombre como todos.

Fumo mi pipa bajo las estrellas;
me veo sonreír en el espejo
del pozo, como esos marineros ...
fumo mi pipa bajo las estrellas.

Y así me iré sin haber dicho nada....
acaso recogerán mis besos
a sembrar en la siembra de mi cuerpo.

Así me iré sin haber dicho nada;
yo que soy un hombre como todos.



Luis F. TORRES

DON JUAN MONTALVO

SEMBLANZA Y LIGEROS RASGOS DE SU OBRA

Por optimistas que seamos, si tomamos el verdadero pulso al grado de cultura de nuestro pueblo, no obtendremos, por término medio, un resultado del que abiertamente podamos enorgullecernos. Existe, sin duda alguna, en nuestra Patria, una corriente remozadora que circula por el organismo social y avanza hasta las capas inferiores, inferiores en el sentido de que las masas populares son las menos aventajadas en punto a ilustración; pero, desgraciadamente, por vicios de educación, por ancestralidad de prejuicios, por cierto hondo enraizamiento de defectos aborígenes, hay que confesar que la obra purificadora de esa corriente hace brotar renuevos muy lentamente.

No de otro modo se explica que para nuestro pueblo, o bien sean totalmente desconocidos en los nombres de nuestros varones ilustres, o se tenga para ellos el lapidario menosprecio por carencia de intelectual cultura y por falta de comprensión. A la galería de inmortales que esplenden como soles, pero cuya claridad es opacada por la pantalla de la ignorancia o vista através del lento desfigurador del prejuicio, pertenece la olímpica figura de Don Juan Montalvo.

Con un dejo amargo de dolor, recuerdo que cuando la razón aun no había madurado en mí, cuando mi raciocinio apenas empezaba a despuntar, escuchaba con la curiosidad propia de la infancia, el nombre de Montalvo como el de un réprobo, como el de un excecado, como el de un presito condenado a las llamas del infierno. Posteriormente, en los albores de mi juventud y hoy día mismo, he echado de ver cómo la memoria de varón tan preclaro corre desfigurado en boca de las gentes que se empeñan en no saber que Montalvo es una de las más puras glorias de que puede ufanarse el Ecuador, porque fue Montalvo ciudadano inmaculado, pecho encendido en patriotismo, mente superior por el brillo de la inteligencia y por el resplandor del ingenio. Una de nuestras montañas gigantescas — el Chimborazo, el Pichincha, el Cotopaxi — que se levantan en el macizo andino, cual soberbios atalayas de la gloria, podría ser el pedestal, nada más que el pedestal del monumento en que ha de erigirse, desafiando al tiempo y al espacio, la procerca figura del insigne literato que vio nacerse su cuna junto al trono de volcanes y adoselada por el cielo fulgurante de los trópicos.

En el año de 1832 surgió Montalvo a la vida, fruto de matrimonio de Don Marcos Montalvo y de Doña Josefá Fiallos, de noble solar ambateño. Su infancia se deslizó tranquila y apacible en el vergel florido de Ambato, entre las dulces frondas de sus huertos, donde escuchó las no aprendidas melodías de las avos y el murmullo del manso río que corre, jugueteando, a lo largo de sus vegas.

Pasó a Quito y en el Colegio de San Fernando hizo los estudios secundarios, y en su amor a la Filosofía, a la Historia, a las Letras Clásicas, se dejó traslucir desde luego el rumbo de su vocación. Ingresó a la Universidad, donde cursó tan sólo un año de Jurisprudencia: rehacio a los estudios de fórmula y, frecuentemente, de pura moda, abandonó en breve los claustros universitarios; su espíritu buscaba amplitud, expansión, libertad: sus grandes concepciones no podían encerrarse dentro del *magister dixit* imperante en ese entonces como el *alma mater* del método. Cultivó por propia cuenta, durante toda su vida, los estudios de Derecho, y un profundo conocimiento de leyes, economía política, ciencia de hacienda, derecho internacional, se palpan, en todos sus combates de la pluma.

Durante el tiempo que Montalvo velaba las armas de la ciencia y hacia el noviciado de futuro luchador, desfilaron por la Primera Magistratura de la República los gobiernos de Flores, Rocafuerte, Roca y Novoa; y el horizonte de la naciente República, si a decir verdad, se hallaba entenebrecido con las sombras del desacierto, del error, de la ambición, hermandad funesta, nacida de las pasiones políticas, que aun hoy día mismo obstaculiza el verdadero engrandecimiento de la Patria.

Durante el período de Urvina, el Liberalismo, nada más que esbozado hasta entonces y víctima, desde su nacimiento, de desengaños y traiciones, llegó a acentuarse de una manera más franca y más enérgica. Un grupo de jóvenes empezó a publicar *El Iris* con fines evolutivos que trascendiesen hasta la conciencia popular y operasen el milagro de arrancar la venda que cubría los ojos del sumiso pueblo. Mediante este periódico disparó Montalvo sus primeros tiros, certerísimos tiros que herían de muerte a la ignorancia, al fanatismo, a la concupiscencia de mando que caracterizaban, por lo general, a gobernantes y gobernados. Montalvo nació escritor, nació

poeta, nació soldado de la Justicia y paladín de la Libertad. Bien pronto descolló y se impuso, con prestigio indiscutible, ante amigos y enemigos. Apuntaba en él el hombre grande, el de las videncias luminosas y las homéricas hazañas. Necesitaba, sí, un escenario más vasto donde pudiese templar el acero de su palabra. La fortuna le brindó esta ocasión. Robles le contó la Secretaría de la Legación en París, encomendada al probo ciudadano Don Pedro Moncayo. En la Ciudad—Luz, Montalvo visitó museos, recorrió bibliotecas, trató a hombres de fama universal, como Lamartine. El corazón de la bella Francia fue para Montalvo un libro abierto en cuyas páginas bebió ciencia, arte, filosofía, acosado por esa insaciable sed de saber que no se apagó en él sino con la muerte.

De esta gira por Europa se muestra muy orgulloso y satisfecho, cuando nos dice él mismo: «No di yo la vuelta al globo como sabio navegante descubriendo tierras desconocidas, reempiendo los témpanos eternos que obstruyen el paso de los polos; no encontré islas desiertas en donde serpenteasen deleitosos y fecundos rios, en donde se alzacen sobre escarpadas florestas encantados palacios de Armidas y Reynaldos; no penetré en las selvas de África ni las hube con leones y panteras, como esos viajeros cazadores que allá rompen las puertas de la naturaleza quiso mantener cerradas y van a sorprender sus misterios en el corazón del Sahara o en los impenetrables bosques de las vírgines montañas. Pero recorrí casi todas las naciones cultas de Europa, estudiando su política, observando sus costumbres, abominando sus vicios, admirando sus buenas cualidades; y como los hombres ilustres suelen ser en todas partes el resumen de los progresos de su Patria, procuré verlos y conversar con ellos, entrándome por sus puertas a título de extranjero y de acatador del ingenio y las virtudes». Ved: tales eran las excursiones de Montalvo; no le llevaban a otras playas el diletantismo, una curiosidad pueril, ni la búsqueda de sibáríticos placeres en que naufragan el carácter, el talento y la hombría de bien.

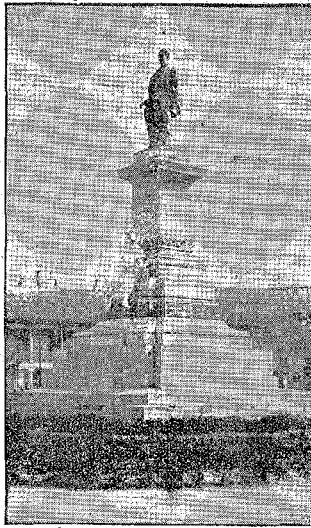
Si se tomaran lecciones de Montalvo, enánatos hombres de provecho no tendríamos en nuestra Patria de entre aquéllos que han salido de ella y han vuelto a su seno euro-

peizados solamente en cuanto a la vida de lujo, de regalo, de ostenta vana y gárrulos alardes.

Montalvo regresó a la Patria en 1869; su mal estado de salud le obligó a retirarse a Yaguachi. Ajeno a las cuestiones políticas hasta entonces, ahora le interesaban vivamente; quería ver a su patria grande, próspera y feliz, y no concebía la adquisición de este ideal sin un gobierno honrado, ilustrado, respetuoso de la libertad y de los sagrados fueros de la conciencia popular. Reconoció en García Moreno al hombre de talento, de férrea voluntad, de acorado temple; pero advinió también que había en su pecho fermentos de

cruealdad revestidos de una cuergia intemperante y estalladora. «Si sus pasiones son crudas, su razón es elevada», díjole en la memorable carta que desde Yaguachi enderezó al Jefe Conservador, que durante toda su vida tuvo en Montalvo un enemigo no común con quien se vió obligado a medirse barba a barba y sin remedio. Allí está «El Cosmopolita», monumento inmortal de literatura, de política, de lucha, de lucha santa por la gran causa de la patria; ese periódico impersonal, originalísimo, inimitable como obra de especial ingenio, fue el arma poderosa que esgrimió contra García Moreno, con el noble propósito de atajar sus violencias, reprimir los ímpetus que lo llevaron a la comisión de actos que no serían justificados ni absueltos en los tribunales imparciales de la Historia. ¿No podríamos decir que fue «El Cosmopolita» para García Moreno la espada de Damocles? Pendiente sobre la cabeza, le advertía el momento en que al apartarse de la justicia, de la caridad, de la fraternidad, caería sobre ella y la segaría ante la posteridad. Con «El Cosmopolita» atacó Montalvo la intransigencia, el despotismo, las arbitrariedades de los gobernantes y nos dió en sus páginas bellísimas lecciones de civismo, de patriotismo práctico, hondo sentido. Nos enseñó que la América será una grande y gloriosa el día en que se ponga fin a las discordias de partido, a los prejuicios de clase, a todo lo que va mimando nuestras energías de naciones jóvenes y precipitándonos en el decadentismo de la miseria y la vergüenza.

Con «El Cosmopolita» buscó también el saneamiento moral del pueblo, inculcándole



MONUMENTO A DON JUAN MONTALVO.
AMBATO

principios de sólida virtud y apartándole de aquellas ritualidades, mezcla de fanatismo español y de superstición indígena. Ved cómo ridiculizó aquellos formulismos en que hacen consistir, no pocos católicos, la esencia de su virtud. «Son—dice—como los antiguos persas; no proceden a ninguno de los actos naturales buenos o malos sin abrumarse con una lluvia de ceremonias. Pisan por una capilla cerrada y le hacen más mochas que un chino etiquetero a su emperador; la saludan con las manos, con el pecho, con los pies... Estornudan y enseguida rezan el alabado; vuelven a estornucar, vuelve el alabado, bostezan, y se atrancan la boca con los dedos, hacen allí una barricada de cruces que no hay diablo que la pase. Tosen y ofrecen una vela a Santa Rita, porque toserían; se tropiezan y se acuerdan de las once mil vírgenes. Si les viene un zumbidillo a los oídos, esas son las almas que piden oraciones y respuestas; si se les huela la nariz, el difunto don Mariano está pesuado. Mal año que ladre un perro a media noche, porque por ahí anda un muerto embozado en su mortaja, o va a morir una persona de familia».—«El corazón puro—dice Montalvo a seguida—es la única ofrenda que acepta el Señor; pero si estáis mintiendo o hablando mal del prójimo os viene un bostezo y os hacéis cruces en la boca, sabed que el diablo se ríe de vosotros y os apunta en su padrón».

El medio circundante, de una cultura aun en pañales, no fue capaz de comprender cuánto bien quería hacer Montalvo a sus hermanos, ilustrándolos, adoctrinándolos en la verdad y en el bien; por eso le escarnerieron y le abandonaron. García Moreno, por otra parte, necesitaba alejar al ciudadano que ponía el grito en las estrellas ante el menor asomo de atentado a la libertad, a la soberanía del pueblo. Así se explica que se le haya condenado al ostracismo en la apartada población de Ipiales, donde escribió «Los Siete Tratados» y esbozó la más clásica de sus obras: «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes». Montalvo en Ipiales es un dechado de serenidad y de valor, de conformidad y resignación, cualidades que no se hallan sino en pechos alimentados por la virtud. Allí vivió solo, sin libros, abandonado.

Después de su confinio en Ipiales, salió para Europa; a su paso por Panamá escribió el folleto *Dictadura Perpetua*, caudante escrito por medio del cual condensaba los pujos de absolutismo del gobierno imperante.

Después de la muerte de García Moreno, retornó al Ecuador y por medio de *El Regenerador* combatió el gobierno de Borrero acusándole de débil, de tímido e incapaz de emprender en las grandes reformas evolutivas que debían tener como base la abolición de la Constitución garciana. Cundió el descontento; y fue Veintimilla quien se hizo eco de esta situación y escaló el poder por la fuerza de las bayonetas. Este nuevo gobierno no satisfizo las aspiraciones de Montalvo, quien lo combatió rudamente mediante la publicación de las «Catiliniadas», colección de artículos que

cayeron sobre el gobernante como rayos vengadores y que le valieron a Montalvo el destierro a Panamá, en donde publicó «La peor de las revoluciones». Y encaminó su rumbo a Francia. Impresos «Los Siete Tratados», libro que fue como el mensajero de su fama, se dirigió a España, donde le rindieron homenaje literatos de renombre de la talla de Valera, Castelar, Leopoldo Alas, Núñez de Aros. Retornó a París, su lugar predilecto.

A principios de 1889 enfermó gravemente de puresia; los médicos declararon la necesidad de una operación quirúrgica para lo cual no consintió que lo cloroformaran. «En ninguna época de mi vida—dijo—he perdido la conciencia de mis actos. No teman ustedes que me muera: oporen como si la cuchilla no produjera dolor». ¡Cómo se revela en este rasgo la fortaleza del alma de Montalvo! Es un estoicismo rayano en lo inverosímil. La operación no sanó al enfermo: Murió Montalvo el 17 de Enero del propio año. Dican sus biógrafos que uno de sus postreros ademanos fue el de tomar un franco y enviar a comprar flores balbuciendo: «Un cadáver sin flores me ha entristecido siempre». Otro rasgo original que habla del culto que profesó un corazón a la naturaleza en sus manifestaciones a lo bello.

He omitido detalles de su biografía; pero las pocas notas que acerca de su vida he querido consignar, son suficientes para concluir que fue Montalvo varón excelso: excelso en los arranques de sus pasiones, en los esfuerzos de su voluntad, en los arrebatos de su pluma.

Poseyó la divina magia de la palabra; bebió el ritmo y la cadencia en la fuente de los clásicos: dió lustre a la lengua de Cervantes y conquistó en la América el dictado de príncipe de las letras; nadie, hasta hoy, como Montalvo, ha penetrado tan hondo en los secretos del idioma y lo ha manejado, entre nosotros, con aquella maestría, con aquel donaire y galanura con que lo hizo el pernicito ambateño; díjase que por sus escritos circula sangre legendaria de los primitivos caballeros y que en cada una de sus palabras, de sus giros, de sus frases, palpita el espíritu grande que delata la divinidad de su procedencia. Con sobra de razón dijo el escritor Manuel Elício Flor: «Leer a Montalvo es penetrar en un palacio, uno de los más artísticos del Universo, pongámos el Vaticano hasta por el espíritu cristiano que alienta en lo más reconducido su fuero interior; cuadros de admirable perfección que cautivan la admiración de todos, estatuas de corrección impecable, jardines pintorescos, artesonados, galerías y verdaderas maravillas de arquitectura; todo se visita, eso sí, al son de músicas».

Como patriota sintió arder su pecho en llamas de amor a su patria, tanto más querida cuanto más ultrajada por los sayones de la política.

Quiero terminar esta semblanza diciendo que fue el cerebro de Montalvo un sol, su corazón una flor, y una templeada hoja de Toledo su incorruptible voluntad.



Colombia y Ecuador

«¡Hermana!... Nuestro Padre Bolívar nos apartó de las tinieblas y nos ungió con el bálsamo divino de la libertad, conquistada en cien contiendas homéricas. Sí, nuestro Padre es Bolívar. Somos obra de su sangre, flor de su visión, llama de su espíritu. Su nombre palpita en nuestras vísceras, su nombre es como una estrella en el cielo de nuestras santas ambiciones... Ya ves, hermana, cara hermana mía, si no soy digna de que mi nombre sea un ósculo o un paual en los labios sagrados del Genio de la Libertad, que mora en la región de los inmortales... Hermana, Ecuador, acércate más, reclina la cabeza en mi pecho y escucha como vibra mi corazón por ti. Acércate más; mientras más cerca, más se unirán nuestras almas. Seamos una sola alma... ¡Hermana, cuando estés abatida, sea yo quien enjague tu llanto con el fuego de mis besos; cuando cantes de alegría, mi alma florecerá de felicidad...

«Y si al descuido de tus grandes ojos alguien se atreve, apellidando guerra, corre a Colombia, a Venezuela corre, llama a Bolívar!» (1)

Y el licor de mis venas ofrendaré gustosa por tu victoria. Tu felicidad o desgracia me pertenecen. ¡Ven, hermana Ecuador! Sean tu espíritu y mi

espíritu una sola llama en los horizontes del Mundo de Colón...»

Estos fueron ayer los juramentos de Colombia al Ecuador; más hoy, orgullosa e infiel, grita:—«¿Y quién eres tú?»... Profundamente herido el Ecuador no tiene valor para curarse la herida que estará visible eternamente ante los ojos de la Humanidad. Apenas asoma en sus labios la frase de protesta y en sus «grandes ojos» una nube espesa de llanto, y solloza:—«¡Colombia, «hermana» me llamaste... y ¿qué has hecho hoy de mí? Ya no os creeré jamás en vuestra amistad. Un nuevo juramento sería para mí un golpe más!...»

¡Pobre Patria! Quién te dará las vendas para cubrir tu herida sangrante! Pero bien está esa herida como bien está la llaga en el costado del Soñador de Galilea... Ahora enjuga tus lágrimas y procura ser fuerte en medio de tus desgracias. Sed noble y generosa. De los que te niegan afecto, compadécete. Paga toda injusticia con la flor más bella de tus sentimientos. Tu santidad y nobleza serán gratas a los ojos del Universo. ¡Algún día surgirás bella y grande!... Pero si la paciencia te falta y el dolor es insoportable, escala a la cumbre del Chimborazo y desde allí, llama a tus hermanos e implora, al que todo lo puede, que Bolívar, armado de una espada de fuego, vuelva a la tierra y termine con todos los Caínes. Necesitamos su espada vengadora para que clareen las albas de la Fraternidad y, con ellas, la felicidad de la América Hispana,

(1) Esta estrofa es de *Sálveos Adónicos*, canto dedicado, en 1916, por su autor el poeta y notable hombre público de Colombia Dr. Antonio José Restrepo, al Dr. Alfredo Baquerizo Moreno (en ese entonces Presidente de la República), con ocasión de haber cedido a Colombia parte de nuestras tierras, que hoy ofrece a nuestro enemigo del Sur.

A. Bolaños MOREIRA

TRIPTICO SENTIMENTAL

Para César E. Arroyo

I

*La Primavera augusta rimaba su oblación
inefable; y tornaba por la senda fragante
la magia veneniana de una trova galante,
fervida y sensitiva con temblor de emoción.*

*La fúlgida alborada bordaba un madrigal
sobre el encanto leve, divino de las fuentes....
el áureo paraíso de las Horas vehementes
tremaba en el silencio como un lampo inicial.*

*Y, cuando todo el éxtasis triunfal de Primavera
plegó la clave intensa de su canto de augur,
murió la sensitiva.... ¡la luz de mi Quimera!
llevándose el perfume de mi rosal de azul.*

II

*....Y el minuto romántico.... ¿Y el minuto sutil?
¡Oh! la dulce falacia del ensueño distante,
en la escala de nardo de la ruta inquietante
se ha colmado de lotos mi romance de Abril!*

*¡Ha pasado el cortejo de las saudades locas
con el ánfora griega del Rey Sentimiento,
y en el huerto lejano quedó mi pensamiento
besando en el Olvido como todas las bocas....!*

III

*El éxodo de Otoño perfiló en lontananza
la púrpura suprema del Sol que se aleja.
La gasa vaporosa de la tarde, refleja
el último destello de paz y de esperanza.*

*Véspero en plenitud. La ronda visionaria
dispersa el oro lívido del instante autumnal;
la Princesa argentiada, de su carro triunfal,
ya desciende en lo azul, doliente.... silenciaría....*

*Y de la hora romántica se desprende el ensueño
de los rosales cálidos en el jardín sin luz,
e inebria la fragancia del místico beleño
tras la estela inefable que siguiera Jesús....*

En Quito. — MCMXXV.



Jorge Hüner BEZANILLA

LA POESIA MODERNA EN CHILE



(Continuación)

Bien al revés de lo que sugiere *Francisco Contreras*, cuando, en *Romances de Hoy*, versifica historietas vulgares, de índole universal, enmarcadas en ciudades nuestras.

Por afán de seguir siempre la última corriente, sin que la renovación nazca de un movimiento, la época, *Contreras* deshace el alejandrino y lo endurece de prosaísmos.

Se elogió en Chile su «Luna de la Patria», destinada a quejarse del recibimiento de Santiago.

Triste es, en quienes viajan, la exaltación del extranjero mediocre que aplaudió sus obras, tantas veces por buscarse apoyo en países lejanos, y el olvido del vigoroso núcleo de nuestros escritores; señal de inferioridad, el desprecio afectado por el juicio patrio y la condenación ignorante de nuestra literatura.

«Luna de la Patria», estaba hecha en versos fáciles, de corte moderno, suave y elegante, constituía una discreta modernización del octosílabo.

Decía:

Luna de la Patria, luna
única, lánguida, grata,
cuya luz bendita es una,
polvareda azul de plata.

La ausencia, le lejanía
me encendieron de amor patrio:
mi ser todo entero ardía
como incensario en el atrio.
¡Ay, mis anhelos ufanos
en llegando se abatieron!
Me negaron los hermanos,
los mastines me mordieron!
Tan solo tú, más humana
que los hombres, Luna triste,
con piedad de única hermana
en tus brazos me acogiste.
Y a tu halagüeño cariño,
volví a mi alma la ternura;
sentí mi candor de niño
y sollocé de dulzura!

Amo la tierra hosca y rancia
de brocales y de espinos:
en ella mi clara infancia
soñó sus sueños divinos.
Amó la montaña eterna
que hacia los cielos se exalta:
a su sombra mi alma tierra
aprendió a ser flme y alta,
Amo el cielo de fulgencia
no vista sobre las cimas:
en su azul mi adolescencia
tññó sus primeras rimas.
Y te amo a tí, Luna angélica,
a quien la flor da su incienso:
a tí, Magdalena cética
que ungiste mi duelo inmenso.
Luna de la Patria, Luna,
única, lánguida, grata,
cuya luz bendita es una
polvareda azul de plata.

Desgraciadamente, la mayor parte de las composiciones de sus otros libros — «Esmaltines» (1898), «Raúl» (1902), «Toisón» (1906), «La Piedad Sentimental» (1911)—son muestras de que signe, con cansancio de rezagado, las últimas modas literarias y, en tonos diversos, es casi siempre cursi, que algo del propio espíritu ha de reflejarse siempre, como la expresión de los ojos en la careta de los dominós.

En cambio, ¡cuán elegante aparece la sencillez confiada de *Manuel Magallanes Moure*!

Adolescente, miró en sus versos el mundo con sus pupilas de enfermedad. Describió; pero sus sentidos sutiles miraban todo bajo la luz doliente de un atardecer.

Dicen que através de toda su vida, llevó la enfermedad que lo mató: ¡bendita enfermedad que suavizó sus pasiones y dió a sus poesías un claro mirar de niño bueno!

Vivió de 1878 a 1924; publicó «Facetas» (1902), «Matices» (1904), «La Jornada» (1910), «La Casa junto al Mar» (1919) y «Florilegio» (1921).

De sus primeros tiempos:

El Barco Viejo

Allá en aquel paraje solitario del puerto
 se mece el barco viejo a compás de las ondas,
 que lejen y desteejen sus arruñadas blondas
 en derredor del casco roñoso y entreabierto.
 De la avería proca cuelga
 un cable cubierto
 de líquenes que ondulan cuando pasan las rondas
 de los peces, clavando sus pupilas redondas
 en el barco, que flota como un estólido muerto.
 Y el barco, que fue un barco de los que van a Europa,
 y que era todo un barco de la proa a la popa,
 ahora que está inválido y hecho un snocio pontón,
 sus amarras sacude, y rechina y se queja,
 cuando ve que otro barco mar adentro se aleja,
 mecido por las olas de blanda oscilación....

Del tiempo medio:

La Jornada

Por desgracia, tengo que citar de memoria:

Cesó el cantar y púdica y hermosa,
 y fresca como el agua cristalina,
 que, al derramarse del oscuro vaso,
 por sus desnudos brazos se oscurecía,
 se ofreció una muchacha a las sedientas
 miradas recargadas de fatiga
 de aquellos caminantes y eran llenas
 como frutas maduras, sus mejillas....
 Y toda ella con olor a yerbas
 olorosas, y toda ella huchida
 de sabia juvenil, y toda ella
 como un sorbo de agua cristalina.
 Y marcharon de nuevo los viajeros,
 llevándose en el fondo de su alma,
 la inefable visión del agua limpia
 y la fresca visión de la muchacha....

(Iban cantando).

... Pero el más joven
 de aquellos caminantes, un muchacho
 de rostro imberbe y vigoroso talle,
 no cantó aquella tarde. Ensimismado
 caminó, separándose de todos,
 y por más de una vez detuvo el paso
 para mirar atrás, como si hubiera
 sentido a la distancia algún llamado,
 que lo invitara a regresar....

Y su admirable traducción del soneto de Arvers:

Hay en mi alma un misterio y un secreto en mi vida,
 una pasión eterna, de súbito formada,
 oculta llevo en mi alma la irremediable herida
 y aquella que la hizo nunca ha sabido nada.
 Inadvertido paso, junto a mi bien amada,
 siempre a su lado y siempre solitario. Campiada
 verá sobre la tierra mi sombría jornada,
 sin pedir ni alcanzar la dicha apetecida.

Ella, a quien Dios ha hecho dulce y buena, su sonda
 prosigue distraída sin que su oído atienda,
 al murmullo amoroso que en pos dejando va.
 Fiel al deber austero y apagada a su huella,
 dirá al ver estos versos inspirados por ella.
 —¿Qué mujer será esa? Y no comprenderá.

De los últimos tiempos:

El Leño

Era una triste cosa el leño carbonado,
 era una triste cosa en un rincón,
 nadie al verlo pensara que aquel tronco roído
 vivió y abrió en el campo como un dosel florido
 su flexible y graciosa ramazón.
 Una mujer, el tronco que olvidado yacía
 descubrió, lo huchó al fuego, lo hizo arder.
 Y él, nunca, como entonces sintió tanta alegría,
 porque, mientras la llama fatal lo consumía,
 soñó que al fin a florecer volvía
 y que de luz era este florecer.

Magallanes fue hombre afectuoso, sereno, libre de vanidades: pocos tienen tal concordancia entre la vida y la obra. Dejará un recuerdo que se irá grabando lenta, pero hondamente... Y grabará el recuerdo de su alma. Yo no sé para que se escriba, sino es para mostrar, como en el espejo fugaz de nuestra conciencia se reflejaron un momento, — que nuestra vanidad y nuestro arte quieren eterno —, las apariencias con que se esfuerza en hablarlo el alma del mundo.

También quiso dejarse su contemporáneo Ernesto A. Guzmán, nacido 1877 y actual profesor de Estado, buen ejemplo para la doctrina de la sinceridad en el arte.

Trae su libro «Albores» (1872) y «En Pos» (1906), publicó «Vida Interna», «Los poemas de la serenidad» (1914) «El Arbol Inusitado» (1916), y «La Fiesta del Camino» (1921).

«Los Poemas de la Serenidad» tienen prólogo de Miguel de Unamuno.

El escritor español no pone ni siquiera un adjetivo sobre la labor de Guzmán: trata solo de ampliar su influencia en un país que es y debe ser de pensar independiente.

Ese libro señaló un comienzo de la evolución de Guzmán, llevada a su cima en «La Fiesta del Camino».

Aprendió a despreciar la forma: lo aprendió antes de dominarla. En sus

comienzos tenía algo de Díaz Mirón. Sin lirismo interno, los versos duros, martillados, trepidantes, se quedaban por el camino en un período, que se quería hacer declamatorio.

Cuando despreció la antigua forma debió creer que su espíritu debía tener, con la turba alguna diferenciación, digna de señalarse.

Se equivocó.

Demostró que lo eran desconocidas la hondura en el pensar y la originalidad o la profundidad en el sentir.

Defendiéndose sin saberlo, de la vulgaridad, alambicó su forma, que, no por ser apagada, dejó de ser pedantesca.

Algún ejemplo, en su mejor poema «Jesús», dice:

Todo lo más pequeño, lo superfluo
y lo insignificante se tornaban
magníficos en ti, se hacían hondos
los gritos de las fieras; la montaña
turbadora y estéril florecía
meditaciones altas; el comienzo
del balbuceo humano se llenaba
de grandes pensamientos; los caballos
y diminutos venozos se cubrían
de resueltas acciones

Quien ha sabido renovarse o más bien, quien ha tenido siempre su espíritu en vibración y en frescura, es don Julio Vicuña Cifuentes, nacido en 1865.

Une a su juventud cordial el estudio y la investigación.

A su paciencia, debe Chile los «Romances Populares y Vulgares» (1902), recogidos de labios en que la muerte los hubiera helado para siempre. Y a su juicio y a su amor, el mejor estudio sobre Nuestra Poesía Popular, discurso admirable pronunciado con ocasión de su recibimiento en la Academia Chilena.

Los versos fueron siempre el lenguaje natural de sus emociones: los escribió encendidos desde niño. Ya desde 1877 un ramo suyo de rimas becquerianas merecía un accesit en el Certámen Varela.

Pero, en donde está mejor Vicuña Cifuentes, es en su nueva poesía, rica de sentimiento, luminosa de añoranza y de fe, correcta y elegante de forma. La «Cosecha de Otoño» (1920), es una

colección de racimos henchidos con que toda una generación puede embriagarse de ensueño.

Por larga que sea, he de transcribir íntegra «La Perfecta Alegría», una de las más hermosas poesías de la lengua.

La Perfecta Alegría

El enamorado de todas las cosas,
hermano del lobo, del agua del yerno,
el enamorado de todas las cosas,
de amor está enfermo.

Temblando de frío bajo la capucha,
van dos mendicantes, camino de Asís:
el abrigo es poco, la inclemencia es mucha
y hay fieras hambrientas en el campo gris.
Ciegos por la lluvia, dan en la posada
que el más viejo evita, huyendo la entrada
en el bien guarnido, recio caserón.
Alegro está el fuego que tienen delante.

El siervo León,
turbado y arisco
¿acaso, murmura, por hoy no es bastante,
hermano Francisco?

Francisco en silencio las lluvias encara,
velando su rostro bajo la capucha.
Dos leguas camina, de pronto se para
y dice al hermano que humilde le escucha:
—Si el fraile menor distingue los rastros
que dejan dos aves volando a la vez,
y el curso adivina que llevan los astros,
y sabe el origen del bruto y del pez
si tiene del árbol concepto seguro,
y el autro conoce indroso y oscuro
do habita el diamante, que encendra el carbón,
si ha visto el oasis que oculta el desierto.

Hermano León
tu fe no se engría,
y escribe que en esto no existe por cierto
perfecta alegría.

De nuevo en silencio sigue su camino
y vibra de nuevo su acento divino:
Si el fraile menor eleva sus ruegos,
y ascienden al trono de Dios de Israel,
y puede por ellos dar vista a los ciegos
y voz a los mudos que siguen tras él;
si alumbra al demente, da al sordo el oído,
y sana al leproso, y cura al tullido,
y levanta al muerto de tres días, con
el poder arcano que su empeño ayuda.

Hermano León,
tu fe no se engría,
y escribe que en esto no existe sin duda,
perfecta alegría,

perfecta alegría,
tu fe no se engría,
y escribe que en esto no existe sin duda,
y otra vez camina y otra vez se para.

Si el fraile menor no esquiva el ejemplo
y busca sencillo la paz del erial

con sus propias manos edifica el templo
y labra la tierra y leje el sayal,
y ayuna a pan y agua, sus carnes macera,
con fervor predica la pobreza austera,
les habla a los sordos con el corazón,
allega a los tibios al celeste foco.

Hermano León,
tu fe no se engría,

y escribe que en eso no existe tampoco
perfecta alegría.

Con la frente baja que el cansancio inmuta,
los dos caminantes prosiguen su ruta.

Y dice el hermano León: — Yo bendigo,
Señor mi ignorancia, si viene de tí!

Mas, obra otro nuevo prodigio conmigo
y muestra a mis ojos la luz que no vi.

Si no está en la ciencia que ilumina al sabio,
si no está en la gracia que fluye del labio,
del santo eremita, morada del risco
ni está en la plegaria que sube hasta el cielo,
hermano Francisco,

dame mejoría.

dime en qué existe, sin dejar el suelo
perfecta alegría.

Francisco sonrió bajo la capucha
y dice al hermano que dócil le escucha:

—Si el fraile menor, manchado de lodo,
al convento vuelve, vacilante el pie,
y el portero airado murmura: ¡hondot!
y su faz golpea y le grita: ¡ve!
y el fraile menor lo sufre paciente,
puesta en Dios el alma, fija en Dios la mente,
y de amor del hombre lleno el corazón,
sin que el dejó amargo su pecho contriste.

Hermano León
ya has mejoría.

y escribe que en esto no hay duda que existió,
perfecta alegría.

Eleva los ojos al cielo un momento
y otra vez resucita su inspirado acento.
— Si el fraile menor, canal lluvia temprana
redime las almas de esterilidad,
purifica el lecho de la cortesana,
con el fuego amable de su castidad,
y el mundo ignorante le llama ¡perjuro!,
o le dice ¡foco!: o le grita ¡impuro!:
y el fraile bendice su tribulación,
y en ella, piadoso, su oculo acrisola.

Hermano León,
ya has mejoría.

y escribe que en esto reside la sola
perfecta alegría.

Así el santo dijo con la faz serena
y aun su voz parece que en el mundo suena.

Temblando de frío bajo la capucha,
los dos mendicantes llegaron a Asís.
la limosna es poca, la miseria es mucha,
la celda está oscura, y el huerto está gris.
León, junto al fuego, su ténica seca;
Francisco la cara rugosa y oateca
oculta en sus manos. Del pecho doliente
se escapa un gemido.
¿Qué nuevos pesares anublaron su frente?
¿Qué aflige al anguido?

El enamorado de todas las cosas,
hermano del lobo, del agua, del yermo,
el enamorado de todas las cosas
de amor está enfermo

(Continuará.)

BIBLIOGRAFIA

LIBROS, OPUSCULOS Y REVISTAS

Los poemas del Mar y de la Estrella

El poeta argentino Albio García y Mellid, muy conocido por sus empresas literarias, ha publicado en Buenos Aires su hermoso tomo de versos «Los Poemas del Mar y de la Estrella», como continuación de su labor poética de «El Templo de Cristal».

Se muestra fervoroso por cantar los cambiantes de la líquida llanura, sus distintos paisajes que hablan al espíritu, los encantos del agua y de las playas serenas, iluminadas por la luna. Al mismo tiempo, exterioriza sus afectos y las tristezas de su corazón enamorado.

«Fue mi niñez en tierra firme y dura, dice, pero, gustando ya del agua fiel, recuerdo que ponía con ternura a navegar barquitos de papel».

Albio García y Mellid versifica sonora y rítmicamente; ama los endecasílabos, derrama sus imágenes con espontánea belleza y es claro

su lenguaje. Huye de los amaneramientos y simbolismos de los raros que estragan el gusto, oscureciendo sus ideas y estropeando el castellano. Se adelanta en su obra en alas de Pegasus.

Canciones de la tarde

También publicado en Buenos Aires, es un sugestivo y encantador tomo de buenos versos de Fermín Estrella Gutiérrez, autor de «El Cántaro de Plata». Sus robustas poesías, despiertan a veces melancólicas emociones, algo como la tristeza del crepúsculo vespertino.

Su clásica y esmerada técnica se aparta de los torcidos senderos de los que no saben ni versificar, mucho menos imprimir en moldes nuevos sus ideas y dar rienda suelta a sus sentimientos.

Muchas de las poesías de Estrella Gutiérrez señalaríamos gustosos, por su ternura y honda

delicadeza, a los aplausos de la crítica, entre ellas «A veces dudo...», «Emoción de la Tarde», «Oración de la Estrella Lejana»; pero el espacio y el tiempo no lo permiten.

Sentimos que estas notas sean tan rápidas—indicadoras tan sólo de un hecho bibliográfico extraño—lo que nos veda reproducir las modernas y emotivas poesías de estos simpáticos autores argentinos, a quienes estrechamos la mano con afecto.

GLAUCO.

María del Carmen Izcuca de Muñoz

Allá, en la muy culta y floreciente Uruguay, existen mujeres que embriagadas de la belleza de sus paisajes y exuberancia de sus huertos, modulan estrofas que tienen el zumo de sus viñas y el alíbar de sus piñas o duraznos. María del Carmen Izcuca de Muñoz, una de esas mujeres privilegiadas, ha logrado engastar en el oro de sus estrofas la belleza de su tierra fecunda.

Ultimamente nos dedica un hermoso libro, cuyo nombre FRUTAL, guarda, mágicamente, la frescura y la fragancia primaverales de un huerto en flor.

Huerto Supremo se llama la primera parte de este libro, donde vibra segura y tranquila, tierna y amorosa su lira maternal, derramando la poesía que le prodigan sus hijos y su bien amado. Oídla:

Y así, plena y colmada, acosada de mieles,
con mis frutos de carne me he tendido a soñar....

¡Soy la rama opulenta que da angustias a Ceres!....
Y en mis labios de nuevo.... ¡vivo el zumo frutal!....

Para esta poetisa y madre no hay más ventura en la tierra que el don supremo de su seno fecundo y los frutos sagrados de su amor y anhelo de mujer: sus hijos adorables:

¡Señor!... Coseché almas....

— ¡Qué estupeando prodigio!....—

¡Señor!... ¡Estoy colmada!...

¡Señor!... ¡Ya nada aspiro!....

Déjame.... No me toques....

¡Soy la reina del nido!....

Cuando sus labios frescos de juventud y dulcificados con el jugo de las frutas y los ósculos de sus pequeños infantes canta una de las mejores poesías de FRUTAL, la encontramos muy bella. La gloria de la mujer está en ofrecer a la Humanidad su amor e ilusión hecho carne y espíritu.

Escuchad el canto supremo de esta mujer dichosa:

Al saber, deslumbrada, que llegaría a ser madre,
hubo un tambor de frutos en la flor de mi sangre,
y mi alma, toda en gracia, se abrió de par en par,
y fui canción de cuacos y salmos de panal.

¡Y hoy soy madre! ¡Soy madre con un hijo en los brazos!....

Fue una noche grandiosa de luminas amplias.

Oraban las estrellas, más que nunca bonitas.

Tenían las manos claras y las pupilas limpias.

Y yo me erguí en un piñón y me empuñé a los astros....

Y era como un prodigio con el hijo en los brazos!

Los astros se alargaban a ver el fruto vivo,
y yo exigía a los astros: «¡Asombrosos conmigo!....»

Cuando volví del éxtasis, muda y enajenada,
la tierra abierta en frutos, de rodillas cantaba,
vibrando el polvo-ángulo se prome en resplandor,
el árbol de la vida... ¡sugraba un corazón!....

Si contemplaba una planta cubierta de frutos
en sazón, la admira, pero no tiene envidia.
Talvez la llama hermana; porque como ella,
tiene el don sagrado de la fertilidad materna.
Y si mira una planta seca y escuálida, se
apeña inmensamente y piensa en la mujer estéril,
y ora por ella:

¡Oh, Dios! Dad a la estéril

vuestra gracia divina
para que nazca el hijo
que ha de colmar su vida.

A esta madre «colmada» la vemos jugar,
como una niña, en medio de sus hijos.
Cansada se recuesta en la esmeralda de un
prado y al sentirse extasiada con las caricias
de los chicos que huelen a manzanas, membrillos
y primavera, murmura:

Mi mejor estrofa
plasma el brote tierno,
el retoño nuevo,
¡la magna promesa
de un instante más
en el tiempo!....

Mi mejor estrofa
es el niño mío....
El muñeco vivo....
La verdad estupeada
de un hijo!....
que será el reflejo...
el eco... la prolongación...

Mi mejor estrofa
guarda la estatuaría
del amor....
Mi mejor estrofa
¡tiene corazón!
Mi mejor estrofa
¡es de carne y hueso!....

Huerto Supremo es un poema delicioso: rama de durazno en flor, vaso de pétalos frescos, en cuyo fondo arde un gran corazón de mujer. Es el canto de la madre santificada por el amor y por la gracia de poseer el don de dar vida a la vida.

La segunda parte de FRUTAL tiene por título: *Fruta—Leche—Miel—Pan*, y dedica a la milagrosa Juana de Ibarbourou y en ella a las poetisas de América.

En estos cantos están vividos y aromosos, mágicos y atrayentes el paisaje con su dulce visión de paraíso, los collados y verjeles con el alíbar de sus frutos, el grano de oro de su trigo, la música embriagante de mil aves, Hermosa tierra la del Uruguay que, aunque

lejana, la veo retratada en la naturaleza de nuestro suelo.

«¡Miel!» y «Leche», que ofrecemos a nuestros lectores, son dos hermosos poemas que nos incita a amar la vida y el suelo moreno que descuidados holíamos todos los días:

M I E L

Miel en los ojos de las palomas...
Miel en las fresas... Miel en las pomas...
Miel en la cidra y el clavel...
¡Miel!

Miel en los sueños de las doncellas...
Miel en la nata de las estrellas...
Miel en las flores que da el laurel...
¡Miel!

Miel en los besos de las esposas...
Miel en las brevas... Miel en las rosas...
Miel en los zumos de moscatel...
¡Miel!

Miel en los labios de las abejas...
Miel en las frescas bocas bermejas...
Miel en la leche... Miel en la piel...
¡Miel... Mucha miel!...
¡Miel a granel!
—La vida... ¡es miel!...

L E C H E

Elixir sagrado, elixir divino
que logran las madres para amamantar;
embujo de bálsamos, de miel y de besos...
hechozo de frutas, de luz y de paz...

Néctar milagroso, néctar estupendo
que ha dado la vida, que ha dado el amor...
Lo chupa el cordero, lo chupa el cabrito
y la boca en gracia del niño manón.

El cielo la ha ungido; los hombres la llaman
hermana del agua, hermana del pan...
Quien bebe deliciosas de leche madura
¡escancia una copa de serenidad!...

Tiene tal fragancia, tiene tal realza,
que parece el zumo de un gran corazón...
¡Los senos benditos, los senos colmados,
guardan en su hondura la hondura de Dios!...

María del Carmen Izcuca de Muñoz es una poetisa brillante por su originalidad. Su nombre, junto al de Juana de Ibarbourou, Delmira Agustini, Ernestina Múndez Reissig, Luísa Luisi, y otras más, es una gloria de la poesía de América.

Actividades Domésticas y Sociales de la Mujer

Es el título de un nuevo opúsculo que acaba de darnos la Srta. Victoria Vásconez Cuvi. Digno del más ferviente encumio es el trabajo de esta distinguida escritora, que se dedica a estudios de trascendental importancia como es la educación de la mujer.

Hay en sus páginas, escritas con fervor y esperanza, un vivísimo deseo de regeneración

y perfeccionamiento en la mujer, bastante decaída y casi inútil para las grandes contiendas de la vida moderna.

Para que los ideales de la joven escritora florezcan como un fruto de redención, tendremos que esperar muchos, muchísimos años. El tiempo, que es un mago poderoso, irá demoliendo con la paciencia de los siglos, prejuicios y costumbres relajadas, que tan hondamente han penetrado sus raíces en el seno de las ciudades americanas.

Verdaderamente la causa de la mujer es causa santa como es santa toda idea de perfección. Su engrandecimiento, mediante nuevas normas de enseñanza y educación, harán la vida fácil y halagadora.

Felicitemos a la Srta. Vásconez Cuvi por su librito que dedica a la mujer ecuatoriana. Y anhelamos con ella que la mujer penetre al santuario de la Ciecucia, donde hay luz para todas las almas ansiosas de perfeccionamiento.

Otro Opúsculo

Con interés hemos leído la conferencia escrita por la conocida escritora Zoila C. Rendón, que será leída en el Congreso Femenino Internacional, que se inaugurará en Santiago de Chile, en los últimos días de este mes.

Condición Social y Política de la Mujer a la Luz de la Historia de la Civilización Humana, es el título de este trabajo interesante, en el que trata de las actividades de la mujer, desempeñadas en todos los tiempos; actividades que hoy deben intensificarse por todos los medios que estén al alcance de la inteligencia y fuerzas femeninas, para que las justas ambiciones de la mujer vengan a llenar el puesto que les corresponde en las faenas de la vida.

Auguramos el triunfo franco que trae consigo toda labor encaminada a propagar las luces del estudio y del progreso.

Orto

Puntualmente recibimos esta interesantísima revista Cubana en la que colaboran plumas universalmente conocidas. El Sr. Juan F. Soriol, brillante escritor y entusiasta propagador del arte, ha alcanzado ya los triunfos que merece una buena publicación, que labora y lucha por la armonía espiritual de los escritores de Hispanoamérica y el acercamiento de los pueblos de la Raza. Agradecemos por los envíos de su revista y gustosos retornamos el carje.

Cultura

De la misma ciudad donde se edita ORTO, Manzanillo, recibimos la interesante publicación CULTURA, dirigida por nuestro distinguido amigo el poeta Rogelio González, a quien deseamos los más halagadores triunfos.

A. M.